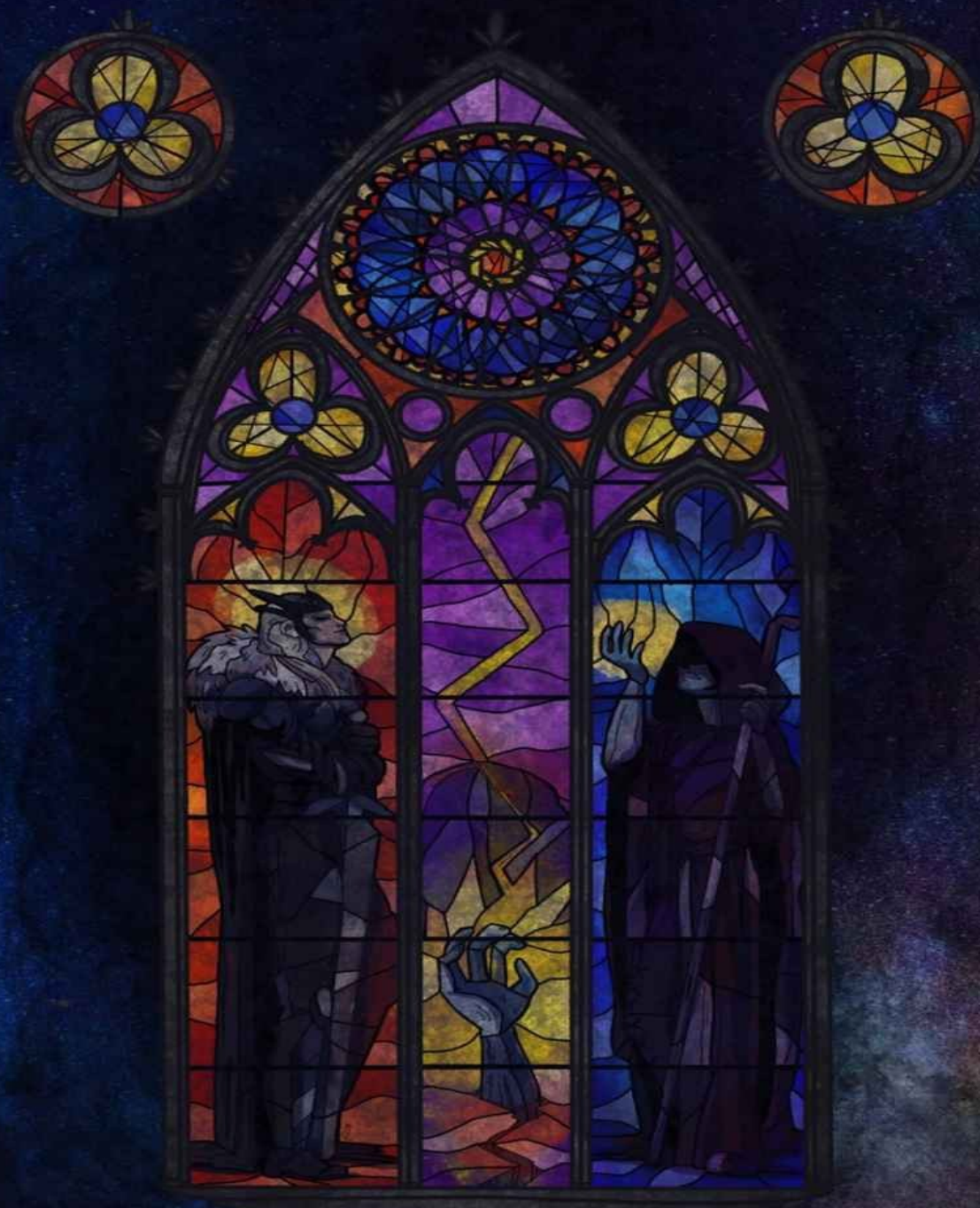


Herejes e idiotas

Marta Roussel Perla



Novela

Herejes e idiotas

Marta Roussel Perla

© Marta Roussel Perla

<https://www.facebook.com/martaousselperla>

<https://martarousselperla.blogspot.com/>

Primera edición: Febrero 2020

© De esta edición:

Dualidad 101 217

Silvio Rodríguez Carrillo

www.dualidad101217.com

e-mail: silvio@dualidad101217.com

Imagen de portada: Olatz García

Imagen de contraportada: Andy Holmes - @andy2639

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Para Cielo, an amused muse.

“The IQ of a mob is the IQ of its most stupid member divided by the number of mobsters”.

TERRY PRATCHETT

Índice

Prólogo:

Herejes e idiotas

Una visita inesperada (2)

Fe en la humanidad (3)

De cadalsos y encrucijadas (4)

Encuentro en la Fortaleza Blanca (5)

Malas artes (6)

El error que le salvó la vida (7)

Formas de arreglar el mundo (8)

La Viuda Negra (9)

El coloso y la guerrera (10)

Viaje al abismo (11)

Coda (12)

Prólogo:

¿Alguna vez has reflexionado acerca de cómo pensamos? Probablemente sí y en parte por eso estás viva o vivo y no has metido un cuchillo dentro de un enchufe por motivos puramente científicos.

Pues bien, hagamos un ejercicio en torno a nuestro pensamiento: ignoremos la compleja realidad neurobiológica de nuestro cerebro y concibamos por un momento que nuestra mente es como una biblioteca. Sabemos que las conexiones y los circuitos neuronales pueden variar de una persona a otra, lo cual afecta a la manera de recibir, registrar y enviar la información. En nuestra biblioteca metafórica, y simplificándolo mucho, esto afectaría la organización de los libros, a qué libros tener a la vista y cuáles almacenar, o al trato con los clientes, las suscripciones y las recomendaciones.

Las personas neurotípicas (personas con un desarrollo y unas habilidades cognitivas típicas) tienen formas de organizar el conocimiento parecidas entre sí. En este libro, sin embargo, vamos a ver bibliotecas distintas, en particular las que representan a una pequeñísima parte del espectro autista y, en mi experiencia, eso le puede resultar extraño al público neurotípico.

¿Pero, qué puede resultar chocante al leer sobre cómo un grupo de personas autistas se relacionan en un mundo de fantasía post-apocalíptica?

Hacerse esta pregunta puede ser un comienzo.

Las personas autistas que vas a ver como protagonistas de esta novela suelen fijarse en pequeños detalles y tratan de establecer patrones y reglas a través de ellos, normalmente no se concentran en el todo ni le dan importancia a sesgos culturales como el género, la raza o la posición social. Suelen ser intelectualmente maduros y emocionalmente inmaduros, lo cual tiende a dar como resultado a unos perpetuos adolescentes, soñadores y muy dedicados en ciertos campos del saber, preocupados por la honestidad y los hechos. Sus conversaciones aparentemente erráticas esconden una forma alternativa de entender y relacionar diferentes temas. Su desconocimiento de las normas sociales, las sutilezas del lenguaje o las ambigüedades, los hacen honestos e incluso tajantes además de incomprensidos cuando se les interpreta a través de matices como el tono de voz o un lenguaje gestual que, simplemente, no están ahí. Si lees este libro, deberás aceptar cualquier cosa que te cause extrañeza, hacerla parte de tu mundo, y seguir adelante.

Puede que empieces a sospecharlo pero la autora que aquí escribe se encuentra perdida y muy a gusto en el espectro autista.

Y diría que necesitamos aceptación y comprensión de forma que las personas autistas nos sintamos seguras en este mundo y que nadie tenga miedo de serlo. Diría que vemos el mundo desde una óptica diferente, hablamos otro idioma, tenemos otros valores y éstos son grandes atributos porque aportan genuina diversidad en un mundo que busca sólo pequeñas diferencias comercializables dentro de lo normativo. Somos leales, nos cuesta entender las etiquetas y pensamos fuera de la caja porque no sabemos por dónde queda esa caja o cómo es siquiera. Podemos ser el amor más puro y la curiosidad y la sabiduría de una eternidad bastante patosa, todo a la vez.

Pero volviendo a la metáfora inicial, al final lo importante es que quien visita nuestra biblioteca se vaya con mucho más de lo que ha venido a buscar.

Agradecimientos especiales a Olatz García por su estupenda portada.

Agradecimientos especiales a los escritores de Ultraversal: Morgana de Palacios, Gavrí Akhenazi, Mirella Santoro, Ovidio Moré, y a Silvio Rodríguez Carrillo, también, mi paciente editor.

Agradecimientos especiales a Eileen Ramnitz, una escritora de la que oiréis hablar en poco tiempo.

Herejes e idiotas

¡Coordina las piernas! ¡No te caigas!
¡Corre, corre, corre por tu vida! ¡No vomites la cerveza, que las has pagado!
¡Corre, más rápido! ¡Corre!

Sus piernas ardían, sus pulmones luchaban por dar abasto, cada movimiento dolía en la cabeza y se sentía como si el mundo no supiera dónde quedaba nada en la borrachera.

Piel correosa como pergamino, hebras de músculo y tendón, sangre coagulada y el acero desafiando a la luna entre brillos y manchas. Ellos gruñían, le pisaban los talones.

Y ella observaba con determinación aquella puerta de madera a la que se dirigía mientras el suelo parecía querer ir por otro camino.

En esas circunstancias ellos eran más rápidos que ella y ella lo sabía.

La hierba alta pasaba a su lado como un borrón oscuro. Su espada acabó con dos de los muertos que se interpusieron entre ella y su destino, sus movimientos eran perfectos aunque al soltar aire para dar una estocada eructó. Para su sorpresa hirió a otro zombi en la cabeza al sacar su espada de entre el cráneo del segundo cadáver andante.

Siguió corriendo, más cansada. Se golpeó contra la puerta, incapaz de frenar. La abrió. La cerró. Usó su cuerpo como barricada.

¿Dónde estaba?

Mesas, sillas, paredes de piedra, ¿un comedor?

—Doce tañidos al otro lado de la realidad... —un hombre estaba sentado en una mesa, mirando al infinito.

—¡Los muertos van a entrar —exclamó ella—, necesito atrancar la puerta!

—...las almas se reúnen ante el miedo primordial...

—¡Eh, gilipollas, ayúdame!

—...los señores astados inclinarán sus cabezas...

Necesitaba encontrar una vía de escape, posiblemente se entretendrían con ese loco dándole tiempo para huir sin que la siguieran.

La luz de la luna, al pasar por el grueso cristal, coloreaba el suelo en la oscuridad.

Los muertos golpeaban las puertas y las vidrieras de las ventanas. No estaba segura de poder aguantar mucho más.

Vio una puerta lateral.

Y se lanzó en su dirección.

Y la puerta se abrió.

Un báculo emitía una luz azul intensa y mortecina a la vez, refulgiendo de forma estática como ningún fuego podría. Los muertos se detuvieron al instante.

—Necesito tu ayuda —dijo la voz de un hombre joven—. ¿Estás borracha?

El loco no paraba de hablar y el nigromante, consecuentemente fascinado, comenzó a tomar notas.

Zoe, ante aquella escena surrealista, decidió vomitar.

Sombra, su cuervo, había logrado abrirse camino y llegar hasta ella. Graznaba ocasionalmente mientras volaba desde su hombro hasta las mesas alrededor.

Largos minutos más tarde Zoe se dirigió al nigromante.

—Aatami, ¿qué haces aquí? ¿Por qué demonios has matado a estos hombres?

—Ha sido en defensa propia —contestó llanamente.

—¿Contra unos bibliotecarios? ¿Pretendes que me crea que no has preparado un escenario en el que sabías que te iban a atacar?

—El espectáculo forma parte de la profesión, ya sabes: ropa negra, calaveras... a la gente le gusta saber a qué atenerse —se rio él—. ¿Si me roban es culpa mía, voy provocando?

Ella le miró, irritada.

—Me han atacado al ver mi bastón —dijo él, ahora visiblemente indignado—. Les he preguntado si podía comenzar unas lecturas y me han atacado —insistía él—. Estamos en una biblioteca y yo quería leer y que nadie deseara matarme por ello. Me pareció que éste sería el lugar apropiado, la verdad —se defendió, mostrándole un viejo libro de entre sus ropajes.

Ella contó los cadáveres en el suelo.

—Oye, lo del decimoquinto bibliotecario —comentó Zoe—, ¿también fue en defensa propia?

—Tal vez te cueste creerlo, pero te prometo que no fue un combate por turnos.

—Perdona, no estoy acostumbrada a ponerme del lado del nigromante por eso de que levantáis muertos vivientes que atacan a la gente —le explicó, su cuervo liberó un graznido—. ¿Y qué buscabas en esta biblioteca?

—La respuesta a esa pregunta requiere de una explicación previa y precisamente por eso estoy aquí, ¿quieres tomar un té?

—Por supuesto.

—Me interesa este hombre: tal vez sea un oráculo o un loco. Nos lo llevamos. Alguien tendrá que darle de comer. Cuando vayamos saliendo, ¿te importaría matar a los muertos un poco más?

Con el aliento entrecortado por el cansancio, Zoe miró con desprecio el rostro magullado y fracturado de la última zombi que quedaba en pie sobre el campo. Su cuerpo muerto, hecho jirones de piel y atisbos de músculo y hueso, estaba completamente inmóvil. Una costra de sangre reseca cubría una mejilla. Una herida en el hombro lo había perforado.

Zoe la miró a los ojos, por un momento se reflejó en ellos una súplica cercana a la tristeza, sólo fue un instante. Sólo duró un instante.

—¿Cómo puede ser una cabaña en el bosque tan cómoda? —inquirió Zoe mientras Aatami le daba un pequeño vaso de té. La luz de las velas los iluminaba.

—¿Con “bosque” te refieres a los... seis, siete, ocho árboles de ahí fuera? —preguntó él contando al mirar por la ventana.

—Es raro verlos tan juntitos —se defendió ella.

—¿Sabes lo que dice este hombre? —interrogó el hechicero, mirando a aquel extraño en un rincón.

—No creo que lo sepa él tampoco —se encogió ella de hombros.

—Está relatando una antigua profecía —el hombre loco seguía recitando sus versos incomprensibles.

—¿De ésas que hablan de los Dioses Muy Poco Amigables?

—En la Academia tendemos a referirnos a ellos como los Antiguos. ¿Qué sabes de la Iglesia?

—Está dividida en cuatro ramas: la Hermandad de la Muerte, a la que pertenezco; las

Doncellas de la Guerra, que irónicamente no suelen participar en ninguna de ellas, las... Espera, ¿por qué demonios me preguntas esto?

—He formulado mal mi pregunta, mis disculpas, ¿sabes algo del origen de la Iglesia? ¿Por qué se creó?

—Porque debíamos luchar contra los nigromantes. Bueno, la Iglesia de la Guerra no parece que tenga ningún propósito en particular aparte de entrenar, y... la Iglesia de la Enfermedad se dedica a curarla y la del Hambre se dedica a paliarla. Pero la Hermandad de la Muerte es la primera. Mis hermanas y yo nos ocupamos de que las cosas muertas sigan en su sitio. A juzgar por cómo me miras no estoy dando ni una.

—¿Cuánto tiempo has sido una hermana?

—Era una niña cuando llegué al monasterio, si me puse a combatir con unos catorce o quince años... supongo que soy una hermana en funciones desde que naciste.

—¿Y nunca te has preguntado el porqué de los nigromantes, por qué no pueden destruir sus propias creaciones, sólo detenerlas?

—Sí, pero cuando les estoy matando no pueden responderme bien —Sombra graznó, aleteando sus plumas negras.

—Volvamos a tus Dioses Muy Poco Amigables. Arrasaron el mundo hace más de mil años.

—Así es —convino ella.

—¿Sabes de dónde extraían la energía que les permitió acceder a nuestra realidad?

—Mmm...

—¿Nunca te has preguntado cómo podemos reanimar a los muertos?

—Espero que no sea una pregunta-trampa. Esto... ¿con magia? —se aventuró Zoe.

—Los muertos tienen una chispa de vida que nosotros utilizamos, para extinguirla totalmente las Hermanas de la Muerte necesitan rematarlos.

—¿Me estás diciendo que los Dioses Muy Poco Amigables extraen energía de los no-muertos?

—No, te estoy diciendo que obtienen la energía de los muertos, de todos en realidad. Tal vez rompa el relato, pero la Iglesia de la Muerte nació junto con la Academia de Nigromantes para asegurarse de que la energía remanente en los cadáveres se extinguía y, así, no podía ser utilizada por los Antiguos.

—¿Tienes alguna base para realizar tal afirmación?

—Sí, de hecho, buscar apoyo documental para defender esta teoría me ha ocupado los últimos dos años de mi vida.

Aatami fue a una estantería, volvió con varios códices ominosamente gruesos y los puso sobre la mesa.

—¿Tienes alguna base resumida para realizar tal afirmación? —inquirió, alarmada—. No pienso leerme todo eso, además, ¿de dónde los has sacado?

—Varios de ellos de la ciudad prohibida de Untersagt. En lo concerniente a éste —dijo respecto del libro que acababa de tomar prestado—, es de la Biblioteca de Svalbard. Creo que ahora necesitan bibliotecarios.

—¿Pero qué pudo pasar? Los nigromantes ya no conjuran no-muertos para que las hermanas los destruyan, nunca había oído hablar de algo así. De hecho, los nigromantes utilizan pequeños ejércitos de no-muertos para alcanzar sus propios fines. Y, razonablemente, para acabar con los zombis a largo plazo, solemos tener que hacer frente también a aquéllos que los conjuran.

—Efectivamente —concedió Aatami—. Lo que queda a día de hoy no es más que un relato residual de las antiguas funciones, ya olvidadas. Si mi teoría es cierta, sin embargo, las

consecuencias van a ser... duraderas. Y me encanta tener razón, pero la única forma de tener siempre razón es saber admitir cuándo te equivocas, así que procedamos con cautela.

—¿Quién coño puede haber encubierto algo así?

—Probablemente nadie, probablemente todos.

—No es una respuesta muy concreta.

—Si te soy sincero, Zoe, no creo que sea una conspiración para liberar a los Antiguos, no creo que nadie sea culpable de trazar un plan maligno que nos lleve a nuestra extinción. Creo que los hombres y mujeres han ido olvidando la Historia a través de siglos de luchas internas por el poder, de pequeños grupos que trataban de conservar la esencia de nuestra lucha o también de transformarla, de fronteras en colisión y países en guerra que tenían otras prioridades siempre y cuando la Hermandad de la Muerte estuviera relativamente presente. Teniendo en cuenta los escritos, en algún momento del siglo IV la alianza entre la Iglesia y la Academia estaba tan deteriorada que cortaron las comunicaciones por completo. Resulta fácil imaginar que alguien pudiera construir una leyenda negra alrededor de la Academia de Nigromantes y resulta fácil comprender que los mismos nigromantes, tras años de sangrientas persecuciones e intentos por reagruparse, fueran ajustándose poco a poco a esa narrativa. Hay copias de los libros en Untersagt, de modo que al menos unas pocas personas debieron de conservar alguna idea del mundo tal cual era tras la llegada de los Antiguos.

—Supongo que los Dioses Muy Poco Amigables debieron percibir muchísima energía tras el Calentamiento y la Era de las Guerras... ¿pero por qué no haber venido antes de eso? Nuestros ancestros fueron famosos por sus descubrimientos y su tecnología, pero también por esclavizar y matar a millones de personas a través de los siglos.

—Me temo que sólo puedo ofrecerte especulaciones —respondió él.

—¿Y qué relación tiene este tío con todo esto? —interrogó Zoe, contemplando a ese hombre que no había parado de murmurar incoherencias.

—No lo sé. Puede que sea un hombre que ha perdido la cordura, pero si fuese un oráculo, como parece... Nos estaría alertando de la proximidad del fin. Tiene cierta lógica si tenemos en cuenta que la acumulación de energía por parte de los Antiguos es lenta y constante. No pienses mucho en esa lógica, por favor —añadió él.

—¿Y qué pinto yo en todo esto? —indagó ella.

—Tú me vas a ayudar —contestó Aatami—, eres toda una leyenda, ¿no es así?

—¿Estás completamente loco?! —exclamó ella—. Soy amiga de un nigromante, no soy precisamente la Hermana de la Muerte más ortodoxa que existe. ¿Me miran como a un bicho raro, tío! ¿Y qué vamos a hacer, matar a un montón de dioses?! —Tras unos segundos de soltar maldiciones, consiguió calmarse un poco—. Dices que te voy a ayudar, ¿ayudar a qué? —por supuesto ella ya se temía las palabras que iban a venir a continuación.

—A restaurar la alianza entre la Iglesia y la Academia y buscar un modo de destruir a los Antiguos o reforzar las fronteras dimensionales —afirmó el hechicero.

—Tú flipas. Y yo flipo, me estás diciendo que el mundo...

—...no es lo que parece. Pero tiene más sentido así, ¿verdad?

Bebieron su té, pensativos.

Al principio apenas repararon en ello, pero ya estaba allí.

Un profundo silencio se abrió en la cabaña, tan intenso que eran capaces de oír sus corazones bombeando sangre, su respiración demasiado alta, sus párpados al parpadear, el arrullo de su piel al erizarse el vello y los oídos chasqueando al reaccionar a la ausencia de todo sonido externo.

Tal vez de forma instintiva fijaron su vista en el oráculo: su cuerpo se hinchaba y fluctuaba, su

piel se oscurecía, todo parecía romperse y re-ensamblarse en ese cuerpo y el eco de aquel estruendo en medio del vacío reverberaba en sus cabezas como una pesadilla.

Una bestia más allá de toda definición había conseguido cruzar para devorar toda cordura.

Y el fluir del tiempo se había acabado.

Una visita inesperada (2)

No sabía dónde se encontraba, pero la sala era demasiado grande y las estructuras de base biótica le resultaban profundamente desagradables. T!Sen, el último de sus compañeros, había caído ante uno de esos destructores de mundos y ella había tratado de ocultarse entre unas membranas para escapar de sus perseguidores, siendo expulsada por aquél organismo vivo que era la nave a esta estancia vacía y de un tamaño descomunal.

La bóveda parecía levantarse gracias a un soporte óseo y la neblina que lo cubría todo a la altura de su cintura no le dejaba examinar el suelo aunque, a juzgar por el poco reconfortante hormigueo que sentía bajo sus pies, era mejor así.

Cuando las paredes exhalaban en esa larga respiración se tornaban translúcidas y podía ver la inmensidad del espacio extendiéndose ante ella: nebulosas brillando entre las estrellas, filtradas en tonos verdes, azules y rojizos, y un agujero negro devorándolo todo lentamente en la distancia. Sin embargo ese espacio parecía cambiar constantemente, las dimensiones y las distancias fluctuaban sin parar y ella, que comenzaba a marearse, dejó de mirar hacia él, centrándose en un panel que flotaba sobre alguna especie de protuberancia. La imagen mostraba un planeta azul y extraño, había visto tropas usando las vainas de transporte, probablemente iban todas a ese lugar...

“En teoría”, pensó H!l-Dhra, “con este dispositivo debería poder elegir en quién aterrizar... Espero no arrepentirme de esto”, reflexionó, acariciándose la sien, donde le habían implantado un biochip de interferencia que debía alterar las terminales de esos invasores.

De haber tenido su propia tecnología a su disposición, tal vez sus compañeros hubieran podido encontrar ese planeta azul, al menos en caso de que estuviera localizado en su mismo universo. Desgraciadamente tenía que usar las herramientas de sus enemigos, las cuales permitían viajar a cualquier dónde, pero siempre dentro de un quién que nunca se prestaba voluntario. Según los cálculos de su equipo, con ayuda de su biochip debía ser capaz de orbitar en torno a una mente sin dañarla ni ocupar su cuerpo por la fuerza.

Miró alrededor, la inmensa sala estaba desierta aunque, siendo ésta materia viva, H!l-Dhra casi se sentía acompañada. Había varios nodos de tele-transporte moviéndose lentamente hacia ella sobre el suelo, agitando unos extraños tentáculos.

Ahora tenía que comprobar si todo el conocimiento que su equipo había acumulado a lo largo de estos meses podría cumplir con las expectativas.

Acarició uno de los nodos, notó el tacto viscoso y caliente de esa cosa engullendo su brazo de pronto y, después, engulléndola a ella.

Tore lo había pensado tantas veces: si una mujer recibía el título de un hombre, significaba que había ganado reconocimiento y respeto; si un hombre recibía el título de una mujer, siempre era un insulto. Y después estaba la Iglesia.

Ella era una Doncella de la Guerra y la vida en el monasterio siempre había sido su razón de ser. Tore seguía el código de la práctica: hacía labores indispensables para el mantenimiento del monasterio como limpiar el claustro o emplearse en el molino, meditaba durante horas y se ejercitaba durante días con sus espadas.

Tenía dos imágenes grabadas en su memoria que se repetían constantemente en ese lugar: la primera era la de las hermanas meditando sobre aquellos cojines en el suelo de madera, rodeadas

de paredes de piedra gris, aún con sus armaduras de cuero curtido entre los soportales, escuchando quizás el sonido de la lluvia en un día de otoño o el canto de los pájaros en una mañana radiante. La segunda imagen estaba formada por hileras de guerreras en el patio, practicando la forma de dos espadas o de mano vacía y combatiendo por parejas o tríos.

Allí podía sentirse una más, porque, aunque pocas veces lo mencionaba y aunque no supiera cómo explicarlo, Tore no era un él, ni mucho menos.

Se preguntaba si ese hecho tenía algo que ver con haber aceptado el pacto de H!!-Dhra.

H!!-Dhra había aparecido en sus sueños hace unas pocas noches, cubriendo de realidad cada rincón de su mente, ofreciéndole poder a cambio de esperanza.

Apenas recordaba sus ojos brillando, recortándose contra una silueta oscura y nebulosa pese a haberla visto nítidamente, sin embargo se acordaba moderadamente bien de la conversación que tuvieron y los sentimientos que se encontraron:

—Aquellos a los que llamáis Antiguos roban todos nuestros recuerdos —le dijo una voz que, tal vez en otra dimensión, era dulce— y cualquier forma de energía a su disposición, han sojuzgado cada uno de nuestros mundos. Nos condenan a una vida de reproducción, de cultivo, para apoderarse después de nuestros cuerpos y nuestras almas, recorren los universos destruyendo a los débiles y asimilando a los fuertes —de alguna forma aquel sentimiento de abandono había acabado cruzando hasta ella. No podía ver ni oír aquella otra realidad que trataba de abrirse paso, pero sin embargo parecía encontrarse lindando con cada segundo de aquel sueño, al otro lado de una frontera omnipresente.

Sin embargo, como si algo fallara en la comunicación, todo se debilitó, a punto de perderse en ese olvido que trae el despertar.

—¡Espera! ¿Quién eres? —ante su pregunta ese entorno oscuro cobró consistencia.

—Puedes llamarme Huldra, dado que aquí no tengo nombre alguno que pueda pronunciarse. Ya no queda esperanza en mis mundos, sólo nacimiento, alimentación, procreación y muerte. No hay espacio para nada más. Y los Antiguos necesitan más. Siempre necesitan más.

—Emmm... —Tore dudó sin comprender demasiado bien qué le estaban diciendo—. Los Antiguos son sólo leyendas encerradas en el pasado.

—Son conquistadores de galaxias y están enviando sus tropas a este planeta —respondió ella con una suavidad tan descontextualizada, que provocaba más miedo que calma—. No sé cómo se atreven a utilizar esa forma de energía para activar su tecnología, pero... es muy poderosa y les permite realizar movimientos entre dimensiones secundarias bajo ciertas condiciones, y movimiento libre en cualquier dimensión primaria, entre otras muchas cosas —Huldra se detuvo, dándose cuenta de que su interlocutora no entendería sus palabras—. Puedo llegar a tu mundo, he conseguido replicar la forma en la que sus despreciables siervos consiguen caminar entre realidades desde una de sus naves, pero necesito tu ayuda.

—¿Por qué la fijación conmigo?

—Porque eres una guerrera con una mente afín y puedo viajar hasta ti sin que fallezcamos en el proceso.

—Bien... —comenzó Tore, francamente preocupada—, si esto es un trato, lo poco que creo entender suena terriblemente mal.

No recibió respuesta en forma de palabras sino más bien el sentimiento de un desafío llamándola.

—¡Pero, si negocias conmigo —insistía Tore—, tienes que ofrecerme algo que yo también quiera!

—No puedo darte lo que deseas —al fin y al cabo Huldra no llevaba nada consigo, pese a

todo, la humana sintió su corazón deshaciendo todos sus secretos, desnudo, sin artificio, el centro de una serenidad vacía—, sólo puedo ofrecerme, como ya te he dicho, si eso sirve para convencerte. Puedo ser una contigo, manteniendo mi alma alineada con la tuya y, cuando tu cuerpo acabe, mi cuerpo de señora astada tomará su lugar —lo vio fugaz, de grandes proporciones, mayor tal vez que el del más fuerte de los hombres; piel gris como el carbón tatuada del negro de la noche, cuernos, cabello del color del fuego y una figura femenina—, en ese momento nuestras mentes seguirán amando lo que hemos amado, a quienes hemos amado, y recordarán nuestra memoria, pero asistiremos al nacimiento de una esencia nueva. Sin embargo, no te equivoques, no te ofrezco un intercambio, sino un pacto entre guerreras.

—¿Cómo podemos nosotros triunfar donde habéis caído vosotros? ¿Por qué nadie lucha ya en tu hogar?

—No soy la única que empezó a luchar, ni mucho menos, pero sí soy la última superviviente que conozco. Con respecto a quienes no pueden oponer resistencia: sin esperanza no somos más que un cascarón vacío, por otro lado yo sólo puedo decidir por mi propia vida —respondió Huldra—. No puedo prometer victoria alguna, sólo presentar batalla junto a quien aún pueda hacerlo.

—Tengo una pregunta: si nuestras mentes se convirtieran en una sola —curioseó Tore con interés—, ¿sabes con seguridad que nos convertiríamos en un nuevo ser o sería como una mente colmena bastante básica? ¿Y qué pasa con los dolores de cabeza en una mente colmena?

En un mundo vacío, cada experiencia era su propio sentido infinito. En un mundo sin razón alguna, todo era majestuoso. El yo es una idea pertinaz que desafía al mismo lenguaje que la vio nacer al encontrarse en una prisión de palabras. Los antiguos maestros decían que si no podemos encontrar la verdad donde estamos, ¿dónde podríamos encontrarla? Por eso buscar la felicidad y rehuir del dolor era una comedia, por eso buscar el dolor y rehuir de la felicidad era una tragedia.

Con enseñanzas como ésa en mente, la perspectiva de fusionarte con una especie de demonio interdimensional tras tu muerte casi parecía algo de sentido común.

Aunque probablemente el hecho que le hizo decantarse fue que Huldra no erraba: al poco tiempo el mismo monasterio fue atacado por dos de esas criaturas sirvientes de los Antiguos, una fuera, otra dentro. Tore venció a una de ellas, pero sólo porque pudo atacarla por sorpresa mientras ese engendro peleaba contra un par de compañeras. La otra criatura, sin embargo, se cobró varias vidas. Esos monstruos eran demasiado poderosos incluso para las Doncellas de la Guerra.

Pocos días después Tore abandonó el monasterio, llena de determinación. Tenía que encontrar a Aatami, y en esta ocasión no iban a verse únicamente por amor.

Recordaba sus primeras palabras, hacía apenas dos años:

—No deja de ser fascinante que en un mundo por el que vagan los nigromantes el muerto nunca vuelve a la vida —le dijo ella al encontrarlo por sus caminos.

—El mundo está lejos de ser perfecto, pero sería una tragedia terrible que la vida no nos permitiera aceptar la muerte.

—Dijo el vivo que fabricaba muertos andantes —respondió Tore, Aatami pensó que, ya que llevaba un cayado mágico, tal vez debía empezar a vestir unas ropas un poco menos llamativas...

—No trato de justificarme —respondió el hechicero—, simplemente me tomo con humor el relato de la moral fingiendo neutralidad. Pese a todo, aún creo que puedo hacer lo correcto —le respondió él, desconcertado por sus propias palabras. Ella soltó una risotada.

—Sin embargo tú no eres el que realiza las hazañas —respondió ella con ironía.

—Me sentiría culpable si le fuera robando la gloria a los héroes.

Se resultaron interesantes y, cuando ella se refirió a si misma hablando en femenino, él simplemente siguió la conversación. Eso fue realmente interesante.

Eso y verle desnudo.

Tore vagaba hacia el sur, pensando que tal vez Aatami habría vuelto a Untersagt puesto que últimamente todo lo que hacía era apoderarse de libros y llevárselos para estudiar allí. ¿Habría confirmado ya sus sospechas?

Encontró en su viaje un puente de madera que cruzaba un arroyo y recordaba el sonido del agua, los pájaros que no cantaban y los gritos de gargantas humanas.

Había muertos vivientes de los que dar cuenta: una pequeña familia huía colina abajo dejando sus pertrechos en la cima mientras siete zombis los perseguían. Algunas monedas caían desperdigadas por el camino.

Tore, sintió la sangre bullendo, sus músculos en tensión, fuertes y preparados, y el tiempo mirándola a los ojos mientras desenvainaba.

En menos de siete estocadas había acabado con todos. Probablemente el nigromante aún estaría cerca, pero ella no tenía experiencia a la hora de darles caza, de modo que se dirigió a la aterrada familia.

Tenían un bebé. Lloraba.

Tore se aseguró de que todos estuvieran bien, de que nadie hubiera sido mordido por esas aberraciones.

Afortunadamente nadie parecía herido.

Cuando se fue a despedir de la madre, ésta soltó un grito de terror y lanzó a su bebé al suelo: de su cadáver nacía un siervo de los Antiguos. Tore clavó su espada en el suelo allí donde la criatura comenzaba a tomar forma. Los gritos de la madre se interrumpieron de pronto, los alaridos del padre continuaban mientras trastabillaba en su intento de huir, su mujer también se estaba transformando: huesos crujiendo y músculos desagarrándose al cruzar a este mundo otro de esos monstruos. El padre cayó al suelo y se quedó ahí, llorando, paralizado, sin poder creer lo que veían sus ojos.

También Tore tardó en reaccionar y la criatura se materializó completamente, tenía dos cabezas, demasiados apéndices y era tan alta como una casa, con la fuerza de Huldra de su lado, sin embargo, no temía enfrentarse a uno de ellos en solitario.

Tore cargó contra la criatura y ésta, desde lo que quizás fueran sus manos, disparó contra ella alguna clase de energía. La guerrera esquivó su ataque con esfuerzo para después cercenar sus brazos y sus cabezas de un salto con sus dos espadas.

La sangre negra salpicó el suelo.

El padre seguía llorando rodeado de cadáveres.

Ninguno de ellos era su mujer. Ninguno de ellos era su hijo.

La Doncella de la Guerra, tras coger un par de monedas del suelo, prosiguió su camino.

No podía sonreír, pero al menos el sonido del arroyo seguía allí.

Pronto también el agua enmudecería.

Fe en la humanidad (3)

La cabeza de aquella criatura, o al menos lo que Zoe confiaba que fuera su cabeza, permanecía inmóvil sobre las tablas del suelo. El resto del cuerpo de aquella monstruosidad tampoco parecía muy capaz de discutir.

Zoe respiraba entrecortadamente, a punto de gritar, llena de miedo, aferrándose a su espada como si fuera lo único que tuviera sentido en este mundo. Aatami aún seguía pegado contra la pared, inmóvil y tan asustado que el colapso mental había dejado de ser una opción.

—No volveremos... —intentó decir ella entre toses—. No volveremos a tener tanta suerte. No sé si podré luchar contra una de esas cosas cuando sepa que puede moverse y matar otras cosas... ¿Te ayudo a fregar el suelo?

—¿Deberíamos considerar...? —el hechicero tragó saliva, su mirada vagaba ausente, tardó bastantes segundos en reaccionar y aun cuando lo hizo parecía estar hablando consigo mismo—. Tenemos dos opciones principales: intentar contactar con la Iglesia o tratar de encontrar el lugar en que se llevó a cabo el ritual hace más de mil años —no dejaba de mirar a ese cadáver informe, su báculo despidió un brillo tenue al otro lado de la estancia. Él, tras unos segundos de incertidumbre, se sentó y bebió de su taza de té, parecía estar poniendo en orden sus pensamientos de alguna manera.

—¿Tal vez podamos intentar ambas cosas? —propuso Zoe, contemplando su espada manchada de una sangre negra.

—Vamos a tener varios problemas —admitió él.

—Aparte de gente aleatoria liberando a servidores de los Dioses Muy Poco Amigables porque sí, nuestro absoluto desconocimiento acerca de cuándo coño se pasarán por aquí los Antiguos a ver qué tal, la probable negativa de la Iglesia a creer nuestra historia o a no matarte, o aldeanos muy entusiastas y con demasiadas horcas, antorchas y conclusiones precipitadas, sí, supongo que vamos a tener varios problemas. Pero pensemos en lo que sí podemos hacer: ¿sabemos dónde están el lugar o las herramientas utilizadas para ese ritual?

—Conocemos el lugar: el templo está algo lejos, en una zona bastante montañosa, deberíamos encontrar las ruinas de una de las ciudades perdidas. Untersagt está más o menos en nuestro trayecto, pero sería mejor intentar no desviarnos en nuestra ruta hacia el sur. Considerando que nuestro camino nos lleva directamente a Hvide Fæstning, donde la Iglesia tiene un importante enclave, posiblemente debamos tratar de ganar aliados allí.

—¿Qué cojones estás diciendo, una de las ciudades perdidas?! ¿Cómo vamos a localizarla en medio de la espesura o enterrada en las montañas?! ¡Dime que con magia! —le amenazó con el dedo índice.

—Sí.

—Ufff... —suspiró, reconfortada.

—Aun si no consiguiéramos ayuda alguna —dijo Aatami—, puedo servirme de mi magia para mover objetos o incluso fragmentar el terreno: puedo conservar, hasta cierto punto, energía que mi cuerpo no puede absorber en mi bastón, no harán falta esclavos a sacrificar —le aseguró él en tono mordaz.

—Siempre es un alivio —dijo ella con una risa exhausta.

—Además, tenemos un mapa sorprendentemente bien conservado —su compañera se derrumbó

sobre unos cojines, agotada—. En realidad, es una copia —aclaró el nigromante.

—Deberías evitar Hvide Fæstning, ningún nigromante se acerca a esa ciudad —dijo ella—, iré yo y me reuniré contigo al sur. Necesitamos tus libros, un carruaje para llevarlos y que me expliques bien dónde están los párrafos importantes.

—Zoe, sé sincera conmigo, ¿crees que esto saldrá bien?

—Ni con toda la cerveza del mundo.

Zoe salió de la cabaña.

El día parecía un eterno atardecer, la noche, si es que llegaba, sería tan larga y cerrada como aquéllas sin luna. Ese otoño de árboles desnudos en una tierra desnuda de árboles se había instalado para no irse nunca más.

Por la ventana de la casa vio a Aatami fregando y limpiando la sala, no había deseado ayuda, quería espacio para pensar.

Aatami no diría de sí mismo que era una buena persona y probablemente mucha gente estaría de acuerdo con él, y ésa era toda una ventaja en un mundo en el que alguien que condenaba a muerte a otro ser humano se consideraba una autoridad moral. Como hacía ella. Zoe tenía que reconocer que, al contrario que otros nigromantes, al menos Aatami les había salvado la vida a varias personas en el pasado, incluida a ella... Y lucharía por salvar un mundo que nunca le salvaría a él.

Zoe confiaba en él, aunque fuera tan sólo porque, al parecer, era de las pocas personas que entendían qué estaba pasando. Y porque él siempre había confiado en ella.

Se sentó encima de una roca para contemplar el paisaje.

El mundo estaba en calma y los animales no tenían a dónde huir, aguardaban en silencio y así hacía Sombra en su hombro. Los fiordos se dejaban caer rompiendo las montañas mientras el mismo mundo parecía guardar la respiración.

Aatami se fue y volvió al día siguiente con un carruaje tirado por dos caballos. No había cochero, sólo se sentaba él en el pescante, a su lado un farol iluminaba el día frío y nebuloso. Zoe le recibió con una sonrisa e introdujo en el coche un par de talegas de aspecto bastante pesado y un baúl de madera para el cual necesitó la ayuda de las manos de su amigo.

Su cuervo se posó sobre el farol.

—¿A dónde se dirige, si no es inconveniente preguntarle? —le preguntó Aatami con extrema amabilidad al volver a subirse al pescante.

—Lejos —dijo ella tomando asiento a su lado.

—Qué casualidad, hermana, me pillas de paso —sacudió las riendas con firmeza—. ¡Arre!

El traqueteo del carruaje hizo que Zoe se agarrara con fuerza al pescante al ponerse los caballos al trote.

—¿Tío, has robado este carro? —quiso saber ella.

—¿Sigue siendo robar cuando su dueño está muerto? —Zoe le miró amohinada, mientras él se reía a carcajadas—. He pagado por él, no te preocupes. Aunque, bien pensado, sabemos que el dinero posiblemente no valdrá nada en un par de semanas, de modo que podríamos decir que prácticamente lo he robado, ¿te sientes mejor? —le preguntó él, afable.

—Sí, es importante saber que en nuestros días aún queda un baluarte de la moral en pie —Aatami soltó otra risotada ante el sarcasmo.

—La moral es sólo una excusa sofisticada para hacer lo incorrecto sin sentirnos culpables —afirmó Aatami—. Por mi parte, prefiero a la gente honesta.

—Te juro que tenía fe en la humanidad antes de conocerte, Aatami —dijo Zoe riendo.

—Lo consideraré un halago.

Las aldeas por las que habían pasado no eran más que unas pocas casas de madera en un paisaje ennegrecido y solitario. El ganado pastaba en las granjas, pero procuraba no emitir sonido alguno. Los hombres y mujeres sentían una incertidumbre en sus entrañas, pero callaban también por temor a perder la cordura que les pudiera quedar.

Cuando necesitaban dinero, Zoe aniquilaba a los no-muertos de las inmediaciones e intentaba aleccionar a los nigromantes acerca de su papel para detener la venida de los Antiguos, aunque, por lo que sea, no tenía mucho éxito en esta empresa y acababa teniendo que matar a los conjuradores sin más, lo cual constituía en cierto modo todo un dilema moral. En las ocasiones en que no había muertos andantes, Aatami extraía de los cadáveres en las proximidades su energía devolviéndoles a la vida momentáneamente con su magia en una estudiada puesta en escena sin apenas incidentes, excepto aquella eventualidad en el velatorio que los asistentes no parecieron tomarse muy bien.

En cualquier caso debían reanimar a los muertos de un modo u otro, aunque fuera para retrasar la llegada de los Antiguos, si es que todavía tenían algún efecto sus esfuerzos.

A veces Zoe exigía tributo en forma de refugio y alimento dado que era una Hermana de la Muerte. Aatami no podía decir que se sintiera cómodo en esa clase de situaciones: no había reyes, pero quedaba la Iglesia, no había vasallaje, pero se pagaba a la Iglesia.

Las posadas, de haberlas, no eran más que rincones sombríos en los que los hombres y las mujeres fingían no sentir miedo mientras contaban historias en torno al fuego.

—Hay una bestia con piel de hombre que ha asolado la región de Midtjylland... —decía una lugareña junto a la lumbre.

—¿Con piel de hombre? —quiso asegurarse uno de los presentes.

—Así es. Dicen que ha matado a decenas de personas.

—Vosotros dos —alguien se dirigió a Zoe y a Aatami—, no sois de aquí —dijo en un reproche. Aatami no dejaba de pensar, intranquilo, en lo poco que le gustaba abandonar la compañía de su báculo.

—Sí, no les conocemos y, además, esa chica es muy morena —se unió otra persona.

—¡Podéis ser demonios! —soltó un parroquiano, siguiendo el hilo mental que se iba a apoderar de la muchedumbre.

—Si fuéramos demonios os mataríamos aquí y ahora, no nos costaría nada —comentó Zoe despreocupada, saboreando su cerveza recién comprada. Aatami se llevó inmediatamente la palma a la cara.

—¿Lo veis?, hablan como demonios! —exclamó otro.

—¡Los demonios no hablan, mamarracho! —se defendió Zoe.

—¡Eso es lo que diría un demonio! —apostó alguien.

—¡Pues, si no, sois nigromantes! —resolvió otro parroquiano.

—¡Soy una Hermana de la Muerte, paletos descerebrados! —se hizo el silencio: la mayoría de los presentes estaban genuinamente aterrorizados a juzgar por la expresión en sus rostros, sólo unos pocos parecían haber perdido demasiado como para tener miedo.

—Pues no vistes como una... —se le reprochó en hilo de voz.

—¡No queremos a la Iglesia de la Muerte aquí! —exclamó alguien más, comenzando exaltado y terminando en un susurro poco convencido. Quizás sí tenían miedo, después de todo.

—Perdonad a mi amiga, por favor —intervino Aatami rápidamente, interrumpiendo a los dos últimos interlocutores—, le ha debido de afectar el alcohol, no queremos ningún problema, nos iremos ya.

—Me deben sus vidas. ¿Crees que no estoy siendo diplomática? —se indignó Zoe.

—Eso creo —dijo él y ella dudó por un momento.

—Pues no tengo por qué serlo, deben obedecerme —el hechicero la miró con ojos suplicantes—. Bien, habla tú —le retó Zoe, exasperada, ante la atónita mirada de los parroquianos—. Si no lo haces mejor que yo, me llevo la cerveza.

—Caballeras y caballeros —Aatami se aclaró la garganta con un carraspeo—, mi acompañante es una Hermana de la Muerte, ha protegido a varias aldeas contra los sanguinarios nigromantes y sus creaciones en nuestro camino hacia el sur y también ha logrado acabar con uno de los servidores de los Antiguos. No creo que podamos sentirnos más...

—¿Que esas criaturas son servidores de los Antiguos?! —gritó un hombre aterrorizado.

En ese punto el murmullo que había imperado se convirtió en un estallido de voces y alaridos incomprensible y, cuando alguien comenzó a aporrearse la cabeza contra una viga, Aatami llegó a una conclusión:

—Vámonos de aquí.

—Marchando —dijo Zoe llevándose su jarra de cerveza.

De cadalsos y encrucijadas (4)

Había cosas en esta vida que no le acaban de gustar demasiado a Tore.

Estar siendo ahorcada por una muchedumbre poco aseada mientras la insultaban por ser una especie de hombre desviado no era una de ellas. Pero sobre todo era el hecho de ser ahorcada.

Aunque tener flechas clavadas y las marcas de puñaladas en alrededor de un cinco por ciento de su cuerpo, tampoco era agradable.

Había escuchado que la agonía del ahorcamiento podía durar casi diez minutos.

Tras el ataque en la noche, mientras dormía, su cuerpo había dejado de responder apropiadamente ante los estímulos externos, en parte porque habían tenido la deferencia de destrozarle las rodillas con un mazo.

Sí, había despedazado a varias personas en varias aldeas —también a varios demonios y muertos vivientes—, pero las historias habían sobredimensionado su figura de forma tal que ahora parecía peor que el Calentamiento. Por otro lado la necesidad de matar gente había sido una desgraciada reacción natural: a ella no le gustaba la idea de morir y al parecer los pueblerinos habían empezado a atacar a todo forastero independientemente de cualquier otra consideración, temerosos de las historias sobre criaturas resquebrajando huesos, transformando músculos de hombres y mujeres en servidores de los Antiguos.

Pues bien, ella no lo veía razonable: ¿por qué a los forasteros? Y, en particular, ¿por qué a ella? ¿Acaso llegar a un lugar desde otro sitio te hacía más sospechoso de ser convertido aleatoriamente en una puerta a otra dimensión? Costaba creerlo, francamente.

Volviendo al tema de la horca, esa cuerda comenzaba a apretar.

En cuanto a las personas allí reunidas, la escupían, la insultaban y se regocijaban en la idea de su muerte. La llamaban “asesino”, “monstruo”, “marica”, “engendro”, “nigromante”. Ella había utilizado la violencia exclusivamente para defenderse de asesinos y no podía decir que aquello estuviera bien pero tampoco comprendía qué otra opción había tenido.

La insultaban, le lanzaban objetos.

Y no había sido fácil y había llorado al tener que enfrentarse a gente cuyo peor enemigo era su propia ignorancia. Había llorado tanto, sobre todo la primera vez, cuando le pegaron y tomó consciencia de que no se detendrían con un solo puñetazo, cuando vio como sacaban cuchillos y porras, cómo se acercaban a ella, cuando se sintió acorralada por el miedo...

La condenaban a todos los infiernos, se reían de ella.

Nunca creyó que tendría que acabar con la vida de otra persona para preservar la suya, ni aunque irónicamente entrara dentro de la legalidad vigente de aquella región. Y sin embargo allí estaban ellos, creyéndose con el derecho de matar a otro sólo porque la ley se lo permitía. Sentía su rechazo clavándose en cada una de sus cicatrices, mientras ellos se consideraban a salvo de sus propios actos.

Tore siempre había pensado que todas las turbas ante el ahorcado eran la misma.

Era una forma de expresar un pensamiento que, ante la muerte, dejaba de importar.

Aatami le vino a la cabeza, se derrumbó entre lágrimas al asimilar que no podría despedirse de él, pero no tenía tiempo...

Además, se sentía sin fuerzas, a punto de desmayarse.

Sus piernas habían dejado de doler.

Tras un breve análisis resolvió que era muy poco probable que la situación fuese a mejorar.

—Huldra... —murmuró antes de desvanecerse.

—¿Qué es eso? —quiso saber Aatami, desconcertado.

—Parece ser —Zoe, entornó los ojos— un pueblo arrasado por el fuego y una especie de cabra gigante en llamas lanzando a un tío por los aires.

—Ah.

Sombra graznó, apenas lo hacía últimamente.

—Será mejor que nos vayamos —dijo el hechicero—. A estos muertos se los han ganado los Antiguos.

—Oye, Aatami... ¿el tío ese de la profecía al que acabé convirtiendo en pulpa... no hablaba de unos señores astados?

—¿Quieres que vayamos a preguntar?

—Prefiero vivir, pero si mal no recuerdo dijo que los señores astados inclinarían sus cabezas o algo así, lo dijo como cuatrocientas quince veces pero en algún momento entre la primera y la segunda dejé de escuchar.

—Ya veo.

—Lo que quiero decir es que, si están sometidos a los Antiguos, tal vez no sean sus aliados, ¿verdad? —ella le miró momentáneamente a los ojos—. Creo que en este punto debo insistir en nuestro plan de no ir a preguntar.

—Podrían ser como esos demonios menores, esos servidores —comentó Aatami—. Tal vez estén obligados de alguna manera a...

—¡Aatami! —la criatura lo llamó, acercándose a él rápidamente, el tono de su voz transmitía una enorme felicidad y eso resultaba aterrador.

Zoe quiso desenvainar su espada, pero el miedo la paralizó.

—Necesito tu ayuda, Aatami —dijo la señora astada, ya cerca de ellos.

—¿Cómo sabes mi nombre? —logró él preguntar, escondiéndose detrás de la aterrorizada Zoe.

—¡Los demonios no hablan! —consiguió quejarse Zoe, tiritando de miedo.

—Conoces a Tore, ¿verdad? —preguntó la demonio, la cual no estaba en llamas, según pudo comprobar Zoe, sino que su pelo era del color del fuego y en medio del incendio y el humo costaba diferenciar una cosa de la otra—. Tore está muerta —manifestó sin más—, selló un pacto con Huldra, una señora astada muy emprendedora que también está muy muerta y que descubrió cómo cruzar a este mundo. Dado que las mentes de Tore y Huldra se han fundido en mí, he visto la inmensidad del espacio desde una de las naves de esos conquistadores de universos y uno de sus nodos de tele-transporte me ha escupido hasta este mundo para luchar contra ellos, aquí los llamáis los Antiguos, y quería preguntarte... ¿han avanzado tus investigaciones? —dijo aquella criatura—. Mierda, hablo como ella, ¿verdad? No hay quien me entienda...

Zoe y Aatami esperaron unos segundos, esforzándose en asimilar la información que sí tenía sentido y comprender aquella situación tan surrealista. No parecían lograrlo, el miedo les atenazaba y no les dejaba pensar con claridad.

—Intentaré recapitular —propuso la demonio—. Antes de nada, ¿qué nombre preferís? ¿Tuldra o Tora?

Aatami comenzó a llorar y a temblar y Zoe trataba de reconfortarlo con un abrazo a pesar de que ella misma aún seguía atemorizada.

Tora no supo qué hacer, seguramente se comunicaba de una forma un tanto extraña para los humanos, podía percibir con claridad cómo sus palabras parecían golpearles aunque ella no quisiera hacerles daño, pero no sabía cómo ayudar. Decidió esperar.

Y le vio ahí sentado, sollozando.

Y supo que amaba a ese hombre que lloraba. Lo amaba y empezó a llorar al comprenderlo. Le abrazó. Abrazó a Zoe también.

Y no dijo nada más.

Amar era más sencillo que cualquier palabra pronunciada, pero necesitaba recordar cómo hablaban los humanos: estaba bastante segura de que no podía ir por ahí amando todo el rato. Ni lanzándole gente a otra gente y arrasando poblados. Debía de haber alguna suerte de punto medio entre ambas opciones...

—Tore había aprendido en el monasterio que la vida no tenía propósito y, así, todo podía llenarla —decía Tora—. Creo que ella nunca hubiera utilizado esa palabra pero su alma... su alma era cada cosa que tocaba, cada cosa que hacía. Su piel era el contacto con el mundo. Tuvo una vida fácil, viajando, conociéndote... —asintió como para reafirmar su discurso, con los ojos fijos en el horizonte mientras bebían lo que quedaba de las pocas reservas del pueblo y conversaban sobre el tronco de un árbol caído junto a un barril. Zoe se entretenía matando no-muertos estáticos—. Pero hace unos pocos días su vida se complicó. Teniendo compañeras en las cuales pensar, pensé en ti antes de morir —comentó con extrañeza al usar la primera persona, mirándole fugazmente—. Huldra tenía pocos aliados con los que contar, pero descubrió a costa de la vida de varios compañeros cómo viajar como lo hacían las tropas de los Antiguos, descubrió que los Antiguos querían conquistar este planeta... Amé a unas pocas personas, pero no teníamos una vida real, nos convirtieron en esclavos. En su día nuestros asentamientos fueron prósperos y conseguimos plegar el mismo espacio para viajar por él, pero nunca fuimos rivales para ellos...

—Conozco las palabras que utilizas, pero no entiendo nada de lo que dices —respondió Aatami, maravillado.

—¡Aatami, libéralos! —gritó Zoe refiriéndose a los cadáveres, el hechicero dejó que los muertos vivientes se movieran, dado que ella era la única humana viva y no nigromante, todos fueron a por ella. El cayado de Aatami se iluminó por unos instantes.

—¿Crees que hay algo más allá de la muerte? —quiso saber Aatami, pensativo.

—Lo dudo mucho: a Tore no le preocupaba y Huldra pensaba que había vida antes de la muerte, aunque no estaba muy segura de dónde. ¿Te sentirías mejor si hubiera algo más, otra vida?

—No le tengo miedo a la idea de la muerte, sí a la muerte en sí. Pero en realidad lo que me preocupa es saber la respuesta correcta.

—Honestamente, no hay indicios de que haya nada más allá. Y si hubiera habido algo alguna vez, los Antiguos lo habrían... —dudó, buscando una palabra que se adaptara al lenguaje de Aatami—, lo habrían devorado hace milenios.

Aatami empezó a pensar en Tore, en que ya no estaba con él.

—¿Amabas a Tore? —preguntó ella por casualidad—. Ella te amaba a ti —comentó soñadora.

—¿Qué hay de Tore en ti? —quiso saber él—. En cierto modo cuesta pensar que está muerta cuando tú conservas sus recuerdos y su esencia.

—No soy ella pero ella pervive en mí, seguramente no debería haber dicho que Tore... —no continuó con esa frase, en su lugar, se decantó por otra—. Sé que eres un hombre improbable, Aatami —dijo la señora astada e, intentando centrarse en la forma en la que su mente humana solía hablar, se aventuró—, si no te importa que te lo diga.

—¿Improbable? —preguntó él, confuso.

—En un mundo de gente única, tú eres pura improbabilidad —brindaron y bebieron.

—Me temo que el alcohol no me deja pensar en ningún cumplido a la altura, tendrás que disculparme.

—No me conoces, ¿qué podrías decir de mí?

—Pero sí te conozco, ¿no es cierto? —respondió él.

De fondo se oían los gritos en los que Zoe se apoyaba al dar cada estocada.

—En cualquier caso, no te preocupes —dijo ella sonriendo—, nadie pensaría jamás que la improbabilidad es un cumplido —Aatami se rio, a él le parecía todo un halago.

—No es exactamente un halago al uso —afirmó el hechicero tras unos segundos de reflexión, dándole un trago a su jarra—, pero es agradable encontrar a alguien con quien conversar. Es un lujo que raramente puedo disfrutar.

—¿Lo dices por la gente intentando matarnos sólo por ser quien somos? Bueno, aunque en realidad lo tuyo sí se escoge —comentó riendo—. La verdad es que podrías haber sido un poeta terrible o... o un banquero —resolvió.

—¡Por fin, alguien que tiene fe en mí!

—¡Vamos, Aatami, sabes tan bien como yo que son profesiones relacionadas con lo tuyo! Y además no creo que la nigromancia esté entre las diez salidas laborales preferidas para nuestros hijos —él soltó una carcajada.

—En cierto modo, os parecéis.

—¿Sí? —rio ella—. ¿Dirías que estoy ganando en atractivo?

—A cada segundo.

—Estar rodeada de muertos vivientes siempre me favorece, será el contraste —él se echó a reír—. Aatami —ella se acercó a él—, ¿tenemos que hablar mucho más? —le susurró al oído. Él la miró, sus labios estaban tan cerca... podía sentir su aliento húmedo sobre ellos, ella cruzó sus formidables piernas sobre su torso, apoyada sobre el tronco del árbol, y apretó su imponente cuerpo contra el de él, con delicadeza—. ¿Quieres parar de hablar ya? —preguntó con una voz líquida—. Sé que esto es terriblemente confuso pero recuerdo tantos días a tu lado, amándote... que no puedo parar ahora. Por favor, seré muy suave, di que sí...

Encuentro en la Fortaleza Blanca (5)

El carruaje se encontraba parado. Sombra volaba en círculos mientras Aatami y Tora se aseguraban de que los fardos y el baúl con libros se encontraban en buen estado. La mañana era fría, iluminada por un sol exhausto.

—¿Crees que nos estamos alejando de la cordura, Zoe? —quiso saber Aatami mientras se paraba a contemplar aquel erial montañoso.

—¿Alejando? Es difícil decirlo cuando no estoy muy segura de por dónde queda... por otro lado ahora tu novia es una cabra que habla —respondió ella mientras alimentaba a los caballos.

—Lo pregunto en serio, estoy preocupado... Es imposible que no hayamos perdido la razón. La gente muere a manos de demonios cuando éstos nacen de sus cuerpos. Sólo imaginarlo es terrible.

—No os detengáis a pensar eso —dijo Tora, animada—. No nos va a ayudar. Y no soy una cabra —dijo dirigiéndose a Zoe—, soy una señora astada en guerra —afirmó orgullosa.

—Perdona, pensaba que seguías durmiendo, esto... tomo nota.

—Zoe —Tora se inclinó para poder mirarla directamente a los ojos, aunque luego desvió la vista—, ignoraré tu lamentable disculpa si tú te concentras en los libros. Aatami dice que tras esa montaña —dijo señalando hacia adelante— se encuentra Hvide Fæstning, pronto tendremos que separarnos. No obstante, creo que sería recomendable que estudiáramos los posibles resultados de tu entrada en la ciudad. Conoces el funcionamiento de la Hermandad de la Muerte, ¿qué podemos esperar ante una situación como ésta, cómo pueden reaccionar?

—Bueno, si las cosas salieran bien, supongo que la Iglesia se comprometería a establecer contacto con los nigromantes o a enviar a alguien para tratar de convencerlos... a mí, probablemente, por tener esta boca —aseguró con renuencia—, y ya hablaríamos nosotros para ver qué hacer y que Aatami nos cuente qué organización rige la Academia y dónde podemos encontrar sus sedes importantes. Aun así deberíamos realizar el ritual, Aatami —se dirigió momentáneamente a su amigo—, tú te llevas contigo el par de libros que lo describen, ¿verdad? No quiero que corran peligro.

—Desgraciadamente el conocimiento no dura más que la voluntad de sostenerlo —señaló Aatami.

—Ya ves, —convino Zoe—, además, cualquier imbécil con una antorcha puede destruir cientos de libros, así que sólo podemos confiar en que nuestro imbécil no tenga muy claro por qué extremo hay que cogerla.

—La censura es el último refugio de quienes no creen en sí mismos —comentó Tora con desdén.

—Hablando de censura —dijo Zoe—, otra posibilidad es que me metan en la cárcel para condenarme por herejía, considerando los textos, veo difícil que busquen mi ejecución, pero nunca se sabe: la gente que ha encontrado la verdad siempre es bastante más peligrosa que los que andan en su busca —Zoe respiró hondo—. Creo que sería un movimiento estúpido por parte de la Iglesia pero... al parecer todas nos hemos visto envueltas en una larga serie de eventos estúpidos —admitió, descorazonada—. Supongo que un tercer escenario sería que la ciudad hubiera sido arrasada por los demonios... os alcanzaría rápidamente —afirmó finalmente, acariciando a uno de los caballos tras subir al pescante.

—Entonces, si transcurre, digamos, un día, ¿podemos dar por sentado que te han metido en

prisión? —quiso constatar Tora, Zoe lo pensó unos segundos.

—Sería más razonable dejar pasar dos días —respondió.

—¿No te preocupa que puedan torturarte? —inquirió Aatami con cierta preocupación.

—¡Bueno... joder, hasta ahora no! —dijo Zoe, asustada—. ¿Qué tal si pensamos la parte importante del plan: salvarme el culo si se da el escenario número dos? —Aatami y Tora se miraron dubitativamente—. ¡No pienso hacerlo a no ser que me prometáis que hay alguna manera de sacarme de ahí, ¿entendido?! —tras la furia suavizó su tono—. No me vais a dejar allí, ¿no?

—Zoe —dijo Tora con una sonrisa afable—, el plan no seguirá adelante si no garantizamos tu seguridad, ¿quieres que a Aatami le dé un paro cardíaco?

—¡¿A él?! —desesperó Zoe.

—Él no quiere verte muerta —le explicó la señora astada.

—¡Ni yo!

—Ya, pero una vez te mueres, la muerte te importa menos. Es la típica cosa que sólo le preocupa a los vivos —le aseguró Tora con un gesto categórico, la Hermana de la Muerte levantó una ceja, iba a replicar, pero la verdad es que tenía que darle la razón.

—¡Esperad! —en un instante a Zoe se le iluminó la cara con el brillo de la revelación—. Tengo la solución: usaré la Diplomacia —afirmó con una sonrisa triunfadora.

—No te lo tomes a mal —intervino el nigromante, suspicaz—, pero esa D mayúscula no es nada tranquilizadora.

—Oye... —dudó Tora—, ¿estás segura? Aatami me contó que las últimas cinco veces que trataste de poner tu don de gentes sobre la mesa estuviste a punto de provocar varias peleas.

—Pero eso es sólo porque la inteligencia media de las multitudes es el diez por ciento más de la del más estúpido de sus componentes dividida por, al menos, el cincuenta por ciento de sus componentes.

—¡Zoe, eso no es una fórmula matemática de verdad, te lo estás inventando! —protestó Aatami, a juzgar por el tono de su voz, no era la primera que tocaban esa discusión.

—¡No es verdad, lo leí en un libro!

Eso era una amistad, pensó Tora: el mundo se iba al infierno y ese par seguía hablando como si nada más que estar juntos fuese lo importante. Pese a sus recuerdos de señora astada, era agradable saber que el placer de sentirse en casa no tenía que ver con las paredes sino con las personas de las que una se rodeaba.

Tora se recostó sobre la hierba, pronto tendrían que despedirse...

Tal vez era un extraño efecto del valle pero el sol todavía parecía tener fuerza allí y la hierba aún recordaba el color verde.

Zoe contemplaba la imponente Hvide Fæstning desde la cima de la colina, subida en su carruaje.

Azuzó a los caballos.

Un enorme puente se alzaba sobre el río. Las murallas salpicadas de espinas de metal y sus decenas de torres protegían la ciudad.

Sombra voló hacia la ciudad para verla de cerca.

Hvide Fæstning se alzaba con cientos de pináculos recortados contra el atardecer, alardeando de las fuentes bañadas por el sol, las escaleras ocultas que parecían llevar a esos lugares secretos que sólo recorrían los gatos y las sinuosas calles llenas de plazas y rincones en los que sentarse a disfrutar del paso del tiempo. Allí se encontraba uno de los más exigentes monasterios de las Doncellas de la Guerra con su coro cantando al unísono cada golpe rompiendo al aire en dos, unos graneros de las Segadoras del Hambre acumulando alimentos, un inmenso hospital y la grandiosa

universidad de las Destructoras de la Enfermedad, con sus soportales, columnas, aulas magistrales de madera y piedra y jardines recortados con patrones circulares. Los estandartes de la Iglesia ondeaban con orgullo ante cada edificio institucional y las calles estaban llenas de carruajes, hermanas y miembros de la Iglesia, estudiantes, profesores, catedráticas o importantes abades de los distintos monasterios cercanos y representantes del poder de la ciudad. Los perros aún ladraban en sus calles, los animales aún pastaban en las tierras de labranza aledañas, que se extendían por todo el valle.

Pero sin duda, si había un edificio que eclipsaba a todos los demás, ése era la catedral de la Hermandad de la Muerte: sus pináculos alzándose contra el cielo, las campanas doblando, sus arcos arbotantes ligando los contrafuertes exteriores con el cuerpo de la colosal nave central, los arcos ojivales tomando las puertas principales y dando forma a las vidrieras de las ventanas que relataban la expulsión de los Antiguos y el símbolo del sol rojo en su inmenso rosetón eran un regalo a la vista. Ya dentro, el enorme altar junto al que las Hermanas de la Muerte dejaban sus armas, la nave principal descendiendo en un semicírculo escalonado, vacía y preparada para cualquier entrenamiento o reunión que pudieran precisar, o el laberinto de despachos en sus naves laterales para alojar a diplomáticos, burócratas y contables, presentaban tal vez estructuras más contenidas pero poderosas en su sencillez.

Zoe sabía lo que verían sus ojos dado que en sus viajes desde el mar del sur había visitado los grandes emplazamientos de la Iglesia y Hvide Fæstning era una parada imprescindible. Sin embargo, al acercarse a la ciudad, le sorprendió ver miserables campamentos de campesinos laicos diseminados alrededor de los campos de labranza, sin derecho a estar allí y que serían convenientemente redirigidos a aldeas cercanas, las hermanas comenzaban a aproximarse a ellos y no eran conocidas por su paciencia, tal vez podían elegir no volver a sus aldeas, pero no podían quedarse allí. Cada persona tenía su lugar en el mundo y había gente que, según el esquema mental de Zoe, prefería ser pobre y vaga.

Como Aatami no estaba allí, no podía preguntarle a Zoe qué pasaría si pudiera diseñar una sociedad viéndose forzada a ignorar al tiempo su posición social dentro de la misma. Si, siendo una mendiga, estaría de acuerdo con eso de que había gente que quería ser pobre.

Como Tora no estaba ahí, no podía recordarle que el mal nacía cuando las ideas eran más importantes que una vida, cuando la gente y las cosas eran lo mismo.

Y tal vez todas las personas eran buenas porque todas las personas querían algo bueno. ¿Quién podía decir que habría empleados penitenciarios tan entusiasmados con la perspectiva de usar la pera de la angustia para hacer de este mundo un lugar mejor y librarlo de sus males? Porque era el mal lo que se erradicaba y sólo una buena persona podría pensar en algo tan retorcido e inútil como la tortura o el castigo.

Por ese motivo Tora desconfiaba de las personas que habían encontrado la verdad: las personas que buscaban la verdad solían tener un montón de preguntas en mente, mientras que las personas que la habían encontrado solían tener un sistema de decapitación relativamente cómodo y eficiente o un ambicioso plan para quemar alguna biblioteca cercana con sus visitantes dentro, una medida cautelar bastante sensata, era fácil atemorizar a la gente pero los libros no sabían estar callados.

El problema de las buenas personas, solía razonar Aatami, era que eran capaces de hacer cualquier cosa por la justicia, sin importar lo cruel que fuera.

Y Zoe podía imaginárselos diciendo cosas parecidas.

Recordó a los paletos en las aldeas, pensando que estarían seguros si no dejaban pasar a forasteros y sonrió, había cierta condescendencia en aquella sonrisa y cierta tristeza también: en

su opinión nadie tenía el derecho de ser estúpido ni vivir sin educación ni capacidad para llevar a cabo razonamientos sencillos. Y sin embargo la mayoría de la gente era estúpida. Y, tal vez sonaba un tanto paternalista pero, pensaba ella, era responsabilidad de la Iglesia darles educación a los campesinos del mismo modo que se les proporcionaba seguridad, alimento en periodos de escasez o salud. ¿Quién podía beneficiarse de subordinados idiotas...? Su problema, concluyó al sincerarse consigo misma, era que despreciaba al noventa y nueve por ciento de la gente que había conocido incluso estando borracha y era difícil luchar contra tanta honestidad.

Zoe, al cruzar las puertas, enseñar su sello y comunicar su motivo de visita, se dio cuenta de que en algunas paredes, en algunos adoquines y en algunas esquinas se podían ver manchas de sangre roja y también manchas de sangre negra, propia de los demonios. De hecho, la ciudad se encontraba en un estado de alerta permanente a juzgar por cuantísimas hermanas iban armadas y pertrechadas con sus armaduras, además, por sus calles paseaba menos gente de la que recordaba. No era tiempo de recibir embajadores ni dignatarios extranjeros.

Otro elemento extraño eran los carteles, había decenas de ellos en las paredes rezando: “Fuerza y Orden para Acabar con la Academia de la Nigromancia” o “¿Quieres Saber si se Trata de un Nigromante? Sigue estos Sencillos Pasos”. Tal vez deberían haber escrito más mayúsculas en esos carteles, eso o haberles enseñado directamente a gritar...

Lo cierto era que no pocos cambios aparecían obvios a su alrededor, sin embargo los que más le llamaban la atención eran aquéllos que le mostraban cómo el espíritu de la ciudad se transformaba: postes acristalados en el lugar donde debían estar las antorchas y, conectados a ellos, cables que recorrían las calles; raíles en medio de la calzada, o un caballo de metal, tirando de una especie de carruaje: se movía con soltura pese a parecer pesado. Veía engranajes en sus articulaciones y escuchaba vapor silbando.

Hacia años que no visitaba la civilización y la civilización no parecía haberla echado de menos.

Y, pese a que la ciudad se parecía bastante a la de sus recuerdos, también algunas zonas habían cambiado: una torre tan alta como la catedral se erguía mostrando un enorme reloj de hierro y cristal en medio de la calle principal y pudo ver unas chimeneas expulsando humo en una zona de la ciudad que antes era un barrio de artesanos. Se alegró de que, en cierto modo, el recelo por la tecnología estuviera en claro declive.

Quizás estaban ante una nueva oportunidad... ¿por otra parte, era magia lo que hacía que todos esos artefactos funcionasen o eran el combustible y la electricidad de sus ancestros?

Alguien le hizo una reverencia, sacándola de sus cavilaciones, y se llevó su carruaje.

El murmullo sostenido de la multitud en contraste con el silencio del mundo exterior a Hvide Fæstning parecía ensordecerla y desorientarla. Los detalles se fragmentaron, desligándose del todo: se sentía cansada y perdida y sólo podía ver un par de charcos entre el empedrado, uno junto al otro; una grieta en una pared, un cartel en otra, una persona llevando una bolsa de cuero al hombro entre la gente, una hebilla plateada, un pistón siseando, el color del cabello de alguien, brillando, perdiéndose entre el desfile de cabezas; los ropajes lujosos de un transeúnte imitando una moda que no conocía, el eco de pasos en las botas de un hombre entre la multitud, mil conversaciones, lejanas y cercanas, sonando a la vez. Se sentó, dejó que el viento rozara su cara, se quedó mirando una escalera que ascendía hacia un parque, por la que no pasaba nadie. Sombra se posó en su hombro y ella se calmó.

Alguna otra persona le hizo una reverencia, la recibió y la llevó a los baños termales, como dictaba la costumbre.

Dejó su espada a la entrada.

La asearon, la vistieron, la perfumaron y le ofrecieron su hoja de vuelta. No tocaron a Sombra ni lo expulsaron de allí.

Ella pidió que llevaran los libros a la catedral.

Y la escoltaron hasta allí.

La majestuosa catedral se elevaba hasta los mismísimos cielos, las vidrieras de la nave principal, que rodeaban el altar y se extendían hasta las naves laterales, contaban la historia de la Iglesia, el cataclismo tras la llegada de los Antiguos y lo que habitualmente se entendía como la práctica por antonomasia de los nigromantes: alzar no-muertos.

Zoe se fijó en que las imágenes, por sí solas, no permitían figurarse una lucha entre Iglesia y Academia, sino que únicamente describían a lo que estas instituciones se dedicaban. Ahora que sabía interpretar la historia se preguntaba cómo podía un relato modificar la realidad hasta tal punto que los aliados pudieran transformarse en enemigos.

Había varias personas esperando a ser atendidas o conversando en los soportales, probablemente menos de las que pudo ver la última vez que estuvo aquí, pero era difícil saberlo: la catedral siempre parecía respirar asuntos por resolver y decisiones que tomar.

Dejó su espada en el lejano altar, como era costumbre, y después una hermana armada de los pies a la cabeza, la acompañó al despacho de la hierofante.

El despacho dejaba ver una pared de cristal que se curvaba y cubría también el techo del que colgaba un gran reloj de metal, horizontalmente, como si fuese una lámpara de araña, midiendo el tiempo con un molesto sonido. Las baldosas rojas y negras de finos bordes dorados no recordaban en nada a la austeridad de la nave principal, y las paredes que no estaban hechas de cristal eran de metal. Se veían estanterías aquí y allá, pero no había libros sino artilugios inútiles en ellas, por si todo esto fuera poco, la luz que iluminaba la sala no era natural sino, en opinión de Zoe, un estudiado zumbido lumínico, diseñado para provocarle lo que parecía ser una resaca preventiva. Al menos había cuadros, tal vez era lo único que no le incomodaba en aquella estancia: ese tic-tac del reloj y la insufrible iluminación la estaban matando, de modo que trataba de centrarse en los cuadros.

La hierofante miraba los libros sobre la mesa sin interés.

—¿Qué es esto? —demandó desde su sillón de cuero.

—Libros robados a un nigromante —respondió Zoe, de pie ante ella con Sombra apoyado en su hombro.

—¿Qué importancia podrían tener para mí? —inquirió.

Alguien llamó a la puerta, una mujer con unas notas bajo el brazo carraspeó.

—Varias partidas destinadas a la recaudación de pagos no han vuelto —informó la mujer—, creemos que a causa de ataques de demonios. Además, según nuestros informes, en Heide han sido los mismos campesinos los que se han negado a pagar sus impuestos y han presentado batalla, no ha habido bajas por nuestro lado.

La hierofante asintió, tomó los papeles y despidió a aquella mujer con un gesto.

—Como puedes ver, tengo mucho trabajo, por si no fuera suficiente proteger a los campesinos de esas hienas levanta-muertos. ¿De dónde vienen esos libros?

—Un par de la biblioteca de Svalbard, los demás posiblemente de Untersagt.

—El nigromante al que se los has robado, ¿sigue vivo?

—Sí.

—¿Has leído los libros?

—El motivo de mi visita es consultar si podemos atribuirle algún valor a los relatos.

—Continúa.

—Los libros recogen una crónica de la Iglesia, su fundación y trayectoria, y algunos otros tratan acerca de la Era de las Guerras después del Calentamiento y de la llegada de los Antiguos, probablemente a consecuencia de los millones de muertes. También hablan de su expulsión y los rituales que se siguieron para mantenerlos a raya.

—¿Y bien?

—Según los libros, la forma de impedir que los Dioses Muy Poco Amigables acumularan poder era la creación de muertos vivientes que posteriormente las Hermanas de la Muerte destruían, puesto que los Antiguos se alimentaban de la energía remanente en los cadáveres. Dicen que hasta el siglo III la Academia y la Iglesia llevaban a cabo estos rituales en alianza, pero ya durante el siglo IV rompieron relaciones.

—La primera vez que uno de esos demonios apareció del cuerpo destrozado de una compañera, dos hermanas trataron de luchar contra él —dijo la hierofante en un tono de voz a caballo entre la tristeza y la rabia—. No sabíamos qué eran y aún ahora derrotarlos no es una tarea fácil, son unos enemigos formidables. No has sido la primera en sugerir que los Antiguos iban a volver... —hizo una pausa para permitirle decir su nombre.

—Zoe, soy Zoe de Varna. Y, francamente, no sé por qué otro motivo podría verse plagado este mundo de demonios si no fuera que los Antiguos desean volver —añadió, tal vez en un tono demasiado tirante, “cálmate, Zoe, contempla esos cuadros, son magníficos: parece que la luz se mueve en ellos, y es una luz agradable, no como esta puta mierda que me está machacando la cabeza...”, sólo conocía esa fuente de luz artificial desde hacía unos minutos y ya la odiaba.

—Si tu historia fuera cierta, ¿por qué los efectos son perceptibles ahora y no hace cientos de años cuando los rituales dejaron de realizarse? —no le gustaba nada la facilidad con la que de repente “los libros” se habían transformado en “su historia”.

—Según estos escritos los Antiguos necesitarían mucha energía para romper el límite que separa su dimensión y la nuestra, menos, por lo que parece, que durante el cataclismo que precedió a la Era de las Guerras. Creo que, simplemente, ya saben dónde nos encontramos y es más fácil llegar hasta un sitio cuando sabes que existe.

—No hay ninguna base para afirmar nada de lo que dices, para empezar, ¿por qué decir que vienen de otra dimensión? —“céntrate en los cuadros, Zoe... ¿eso es una mujer desnuda?”.

—Bueno, yo no he escrito el libro... —quiso aclarar Zoe—, no puedo saberlo, mi pregunta es únicamente si podemos tomar en consideración estos textos, aunque sea parcialmente, teniendo en cuenta la gravedad de la situación que estamos viviendo —su cuervo no graznaba y ella decidió cambiar de táctica—. Doy por sentado que no, supongo que no podemos esperar nada de un libro escrito por miembros de la Academia para enaltecer su propia leyenda, ¿qué tal si ahora me voy? —tanteó con una sonrisa esperanzada.

—Pero ésa no era tu intención real al venir aquí —declaró la hierofante.

—¿Ah, no? —dijo su interlocutora, perpleja, inmediatamente pensó que la hierofante tenía miedo y, como hacía la gente atemorizada, encontraría culpables.

—Buscas alguna clase de beneficio para los nigromantes.

—Bien —comenzó Zoe, algo frustrada, aunque trató de parecer comprensiva—, creo que hay varios procesos en ese razonamiento que son estúpidos.

Malas artes (6)

La aldea no estaba demasiado lejos y, al contrario que la mayoría, las casas estaban construidas, aparte de la piedra y la madera tradicionales, a base de secciones de vidrio y metal oxidado recuperadas de alguna ciudad perdida cercana. El poblado estaba tan cerca de la fortaleza, protegido bajo su halo de firmeza, que apenas tenía empalizada que lo defendiera.

Había una especie de monumento frente a uno de los edificios, no era más que un objeto antiguo, una carcasa vacía y corroída con ventanas y dos agujeros semicirculares en su base, a cada lado.

Había algo irremediablemente triste en un poblado abandonado haciendo ostentación de su riqueza ante quienes no estaban allí. Había algo poderoso en la idea del tiempo conquistando toda hazaña humana, atrapando su gloria en el olvido...

Por otro lado, Tora llevaba a Aatami a hombros.

—¿Quieres que te baje? —le preguntó Tora, sonriendo.

—En realidad no —él también sonreía—. ¿Espera, qué es eso?

Aatami miraba el colgante sentado a la mesa, era de hojalata.

El pueblo estaba desierto, probablemente todos sus habitantes habían huido a la fortaleza, pero la posada seguía abierta: la llevaba un niño de unos doce años al que la presencia de Tora no parecía inquietar en lo más mínimo. Tampoco pareció darle importancia al báculo de Aatami.

—Ese collar es de Maura —dijo el niño admirando la limpieza de la jarra que acaba de lavar, sólo tras unos segundos su expresión se tornó preocupada, como si hubiera entendido la situación.

—Lo hemos encontrado en el camino —le informó Tora.

—Debería estar en su tumba, ahí —dijo señalando al otro lado de la pared. El niño extendió la mano y Aatami le dio el adorno.

El chico salió y los dos le siguieron.

Sus pasos sonaban contra la gravilla, el cementerio no estaba lejos.

Se dirigió a una tumba, estaba abierta.

Miró alrededor, sin comprender.

Todas las tumbas estaban abiertas y algunas habían sido saqueadas y los cadáveres exhumados, sus cubiertas estaban cuidadosamente depositadas en el suelo, junto a cada sepulcro.

—Nigromantes —indicó Aatami—, ¿cuál es tu nombre, chico?

El muchacho no podía hablar y cerraba su puño sobre aquel adorno sin valor mientras lloraba en un pueblo fantasma.

Ellos esperaron en silencio.

Cuando acabó de llorar volvió a la posada. Ellos, una vez más, le siguieron.

El colgante se balanceaba entre sus dedos.

Tora se acercó a él y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Finn —respondió él.

Aatami le dio una jarra de agua.

—¿Por qué estás aquí solo, Finn? —le preguntó el hechicero.

—No quisieron llevarme con ellos a Hvide Fæstning.

—Podemos llevarte con ellos... —propuso Tora con amabilidad.

—Quiero quedarme aquí —respondió el niño, visiblemente horrorizado ante la idea de reunirse con sus conocidos.

—Sinceramente, no creo que en Hvide Fæstning encontráramos ayuda —comentó el nigromante.

—Quiero quedarme aquí —insistió Finn—. Aquí tengo lo que necesito y cuanto menos gente haya a mi alrededor, menos posibilidades tengo de que me mate un demonio.

Aatami y Tora se miraron, el chico parecía decidido. Por otro lado, ninguno de los sitios a los que se dirigían sería más seguro que este pueblo abandonado.

—¿Sabes si hay alguna choza colina arriba, alguna cueva o algún sitio que sirva de refugio? —le preguntó el nigromante al muchacho.

—Hay una vieja casa en aquella dirección —dijo señalando aproximadamente en la dirección en la que habían venido—. Vivía un anciano muy raro en ella, pero hace unos meses las Hermanas de la Muerte lo echaron de allí.

—Te damos las gracias, Finn, por responder a nuestras preguntas —dijo Tora inclinándose ceremoniosamente.

—Muchas gracias, Finn —Aatami le quiso dar una moneda pero él la rechazó.

—Tener dinero aquí no puede servir para nada bueno —contestó el chico mientras ambos hacían una reverencia para despedirse—. Me gustan tus cuernos —le dijo a Tora y ella sonrió—. Si encontráis algo, volved, por favor. Quiero saber qué ha ocurrido.

—Por supuesto —dijo Tora.

—¿Nunca has pensado ponerte ropa? —le preguntó el niño.

—No he encontrado ropa de mi tamaño todavía —respondió ella, sin darle mayor importancia.

—Buscaré, creo que por el pueblo algo habrá.

—Muchas gracias una vez más, Finn.

—¿Cómo sabías que eran nigromantes? —quiso saber Tora mientras se dirigían a la casa que el chico les había indicado—. Los nigromantes no suelen ser tan selectivos al levantar cadáveres.

—Nunca había oído hablar de algo así, en ese sentido es bastante desconcertante —concedió él—. No obstante las cubiertas de las tumbas estaban perfectamente alineadas, solemos utilizar nuestra magia así para facilitar la salida de los no-muertos: nuestro poder sobre ellos es limitado, sin embargo podemos ordenarles que vayan en una dirección específica. Normalmente no es estrictamente necesario, porque los muertos vivientes pueden moverse con cierta soltura y, tal vez debido a la magia, son rápidos y fuertes, pero de esa manera pueden evitarse accidentes si algún cadáver está en mal estado, es pura precaución.

—¿Tú también te has fijado en que todos los que aún seguían en el cementerio eran hombres de todo tipo o mujeres ya descompuestas? —le preguntó Tora.

—Nunca había visto nada parecido, ¿crees...? —ella le lanzó una mirada elocuente y él supo que no era necesario acabar la frase.

Se aproximaron a la casa, detrás de ella había unas pilas bastante grandes de materiales varios y chatarra, en su mayoría oxidada.

El nigromante abrió la puerta sonoramente con su magia y Tora gritó cuando entraron:

—¡Sal de ahí y súbete los pantalones!

Un bastón se iluminó con una luz azul, estaba apoyado en la pared, junto a la entrada, Aatami lo tenía al alcance de la mano y, de todas formas, estaba seguro de que podía arrebatárselo de las manos a cualquier hechicero.

En la habitación se encontraban cuatro no-muertas de pie, quietas, parecían haber fallecido

recientemente a juzgar por su estado.

Había restos de mobiliario antiguo, objetos y una especie de cuadro negro sobre una mesa, emitía una luz blanca de estática bastante molesta.

Se hubieran quedado mirando aquel aparato largo tiempo de no ser porque una chica pelirroja y bastante joven salió a recibirles, llevaba objetos antiguos como adorno, probablemente se dedicaba también a la recolección, lo cual explicaba qué hacía tan cerca de aquella aldea.

Tora y Aatami se miraron, desconcertados.

—Veo que no hay necesidad de que tome mi báculo. ¿Tenéis alguna pregunta? —curioseó la nigromante, confiada en que otro nigromante y lo que tal vez era una cabra antropomórfica si los humanos midieran dos metros de media no iban a atacarla.

—¿Qué demonios es esa caja? —interrogó Tora.

—Un televisor: un aparato antiguo para ver y oír lo que sucede o se ha grabado previamente en otro lugar, reacciona a mi magia, aunque creo que no debería haberlo mencionado... Tampoco parece funcionar como es debido. Lo que no entiendo es cómo puede conservarse en buen estado —comentó, pensativa.

—¿Para qué necesitas esos cuerpos? —quiso saber Aatami, haciendo un arco con su brazo para señalar no muertos.

—Estoy escribiendo un libro acerca de anatomía femenina.

—¿Te importa elaborar tu respuesta? —pidió él, desconfiado.

—He observado que apenas hay información sobre ese tema, una pensaría que las Destructoras de la Enfermedad serían más minuciosas con respecto a sus estudios de anatomía, pero, a mi juicio, confían demasiado en los libros que se recogieron antes del cataclismo y, aunque desde luego hay libros que confirman mis investigaciones, no parece que hayan sentado canon a través de ellos. En algunos casos la obstetricia y la ginecología pueden complicarse debido a concepciones erróneas sobre el funcionamiento interno de una mujer. He oído que hay gente que trata de establecer analogías entre el comportamiento anatómico de una persona y las normas sociales que se le aplican, y un razonamiento así, en mi opinión, da para un extenso comentario acerca del absurdo, aún a día de hoy cuando la mayoría de miembros de la Iglesia son, de hecho, mujeres, pero... deduzco que pensabais que yo era un hombre necrófilo, ¿no es así? —dijo riéndose.

—No habíamos concluido el sexo, pero sí —confirmó Aatami.

—Bajo la leyenda negra de los nigromantes todo es posible, supongo. Yo diría que podemos hacer algo bueno, independientemente de cómo se nos juzga. Un hechicero debería saber que un juicio rápido suele anunciar una muerte rápida.

—La vida es un bien escaso y a menudo conlleva la muerte de alguien —convino Aatami.

—Curiosamente, el mundo le rinde homenaje a los muertos de vez en cuando, pero nunca a los vivos —sentenció ella.

—Los vivos están muy ocupados tratando de descubrir qué demonios hacen aquí y con qué no deberían aparearse —señaló Aatami.

—Mientras tanto, la Iglesia ofrece protección a cambio de pobreza —añadió Tora, la joven asintió ante el comentario.

—Entonces, si no lo he entendido mal —se aventuró la joven nigromante—, tratamos de justificar nuestro lugar en un mundo injusto y no aparearnos con una catapulta —resolvió ella, extrañamente interesada—. ¿Cómo os llamáis?

—Mi nombre es Aatami —se presentó él, inclinando su cabeza—, discúlpame por haber dudado de ti, hay demasiados miembros de la Academia que hace tiempo olvidaron nuestros

métodos —la hechicera alzó una ceja, interesada—. Estudio la historia de la Iglesia y la Academia: tan sólo hace un siglo las mujeres tomaron masivamente los rangos de la Iglesia —hablaba, entusiasmado—, tal vez por ese motivo persista una visión del mundo que sigue priorizando a los varones, aunque cada vez de forma más difuminada. Evidentemente la dinámica está cambiando, es un tema muy interesante, sin duda. Antes sí había títulos masculinos en la Iglesia, he podido rastrear el origen del cambio del paradigma a la Epidemia de Hessen que, como sabrás, se extendió por todo el mundo conocido y es relativamente reciente —dándose cuenta de sus digresiones, recuperó la compostura—. Disculpa mis divagaciones, actualmente estamos luchando contra la llegada de los Antiguos... no nos va muy bien —admitió él.

—Veo que has conseguido poderosos aliados pese a todo —dijo la nigromante—. Me llamo Ida —respondió, inclinándose ante los dos.

—Mi nombre es Tora —saludó ella en una reverencia—, es difícil explicar quién soy.

—Inténtalo, no me gusta desperdiciar la oportunidad de aprender algo nuevo... ¿te importa si tomo notas? —dijo acomodándose sobre una mesa, con una pluma y un pedazo de papel apoyado en un atril portátil.

—Está bien, trataré de resumirlo: mi mente está compuesta de Tore, una Doncella de la Guerra y H!l-Dhra.

—¿Qué?

—Huldra.

—Mmm... mejor —se decidió Ida.

—Huldra es una esclava proveniente de una realidad en la cual los Antiguos ya nos han sojuzgado a los señores astados, allí mi pueblo inclina su cabeza ante ellos en cada uno de nuestros mundos.

—Bien, dejando de lado surrealidades alternativas como justificación provisional, qué es follable y qué no, y la falta de vestimenta, supongo que la llegada de los Antiguos explica esos demonios de los que he oído hablar, al fin y al cabo no sería la primera vez que tratan de conquistar este mundo —resolvió—. ¿Puedo viajar con vosotros? No tiene sentido investigar anatomía cuando tal vez no quede mundo al que presentar mis conclusiones. Aunque llevaré mis papeles conmigo, si no os importa.

—Tengo que presentarle mis respetos a Maura primero. ¿Puedo exterminar a estos no-muertos? —se ofreció Tora, despreocupada. Ida la miró, escandalizada por la propuesta.

—Verás —comenzó Aatami a relatarle—, los Antiguos almacenan energía a partir de la que queda en los cadáveres al morir...

El error que le salvó la vida (7)

—Disculpa los empujones, tenía que meterme en el papel —le dijo aquella Hermana de la Muerte a Zoe—. ¿Estás bien?

—Gala, ¿por qué me ayudas? —le preguntó Zoe a esa desconocida, ahora que se encontraban en un espacio seguro. Ella la liberó de los grilletes que le ataban las muñecas a la espalda y le dio su espada. Zoe se pasó las manos por sus doloridas muñecas.

Salieron de la catedral por una puerta lateral.

Gala la acompañó, descendiendo por las escaleras que flanqueaban las inmensas fuentes ante la catedral, iluminadas por el sol moribundo de la tarde, su tenue color naranja se colaba entre las calles de piedra blanca y las sombras se alargaban.

Las hojas en árboles caían y, pese a que Zoe amaba los atardeceres, éstos cada vez parecían más tristes y recordaban más a la noche en su oscuridad.

Se preguntaba cómo a ciertas horas podía dar la sensación de que el sol fuera sólo un pálido reflejo de la luna.

Ya no quedaba demasiada gente por la calle, salvo las numerosas patrullas, que evitaban discretamente. Nadie perseguía a Zoe porque nadie sabía de su fuga y pocos sabían de su cautiverio, pero siempre era más seguro no llamar la atención.

Evidentemente las Hermanas de la Muerte habían estado ocupadas: Zoe escuchaba conversaciones acerca de la matanza de zombis, la caza de algún nigromante o la victoria sobre tal o cual demonio y el recuento de vidas que se había cobrado. Seguían defendiendo al pueblo, como siempre.

Pero nadie se atrevía a apuntar en la dirección correcta: nadie se atrevía a señalar que el mundo había enfermado y moría. Nadie pronunciaba una palabra al respecto y de esa huida hacia adelante únicamente quedaban las ruinas de la realidad en su ausencia.

Un tren apareció por esos raíles que había visto Zoe, como cicatrices sobre el adoquinado, entre un estruendo mecánico y explosiones de vapor, asustándola. Ella se tapó los oídos con fuerza, mientras el tren pasaba de largo, llevándose todo ese ruido tras de sí.

Gala se internó por un callejón y Zoe la siguió, agitada.

En el silencio sus pasos sonaban con más fuerza.

El sol caía y las farolas se iban iluminando con esa luz pálida y eléctrica.

Gala la llevó a un pequeño monasterio de la Hermandad, estaba algo apartado del centro de la ciudad, la hierba crecía y un lago artificial en el jardín era iluminado por las linternas en las paredes. Cruzaron al interior, encendió una varilla de incienso al descalzarse, Zoe se descalzó también como dictaban las normas de la Hermandad.

Notaba la madera caliente bajo sus pies, probablemente las hermanas habrían estado entrenando allí durante horas.

La sala era grande, el suelo, de tablones. Alrededor se disponían los dormitorios y el comedor. Era uno de los gimnasios donde las jóvenes aprendían a luchar, lleno de figuras estáticas de madera en un rincón para practicar con las manos desnudas, como hacían en la Iglesia de la Guerra, y espadas, también de madera.

Allí Gala la vistió con la armadura de cuero tradicional de la Hermandad de la Muerte, ajustándole las correas y colocándole la protección del cuello, los brazales y las botas.

Después hizo una reverencia.

—Te servirá en tus viajes —dijo Gala—. Lamento que tengas que partir a horas intempestivas.

—Aún no me has aclarado por qué me ayudas —insistió Zoe.

—Porque conocemos tu nombre, Zoe de Varna, incluso el de Sombra —dijo solemne, Zoe sonrió con agrado al oír la mención a su cuervo—, has luchado contra tantos nigromantes que insinuar que quieres protegerlos suena simplemente absurdo, no podemos creer a nuestra hierofante en esto: detuviste la plaga de Zadar y acabaste con el monstruo de Padua. Dicen que te enfrentaste al ejército de muertos de Bjørn tú sola... —Zoe escuchó cómo se abría una de las puertas correderas que rodeaban la sala.

—El terreno me daba ventaja y había descansado muy bien, de otra forma hubiera sido imposible —se explicó.

—Y que aguantaste hasta que llegaron el resto de Hermanas de la Muerte...

—No tenía nada mejor que hacer —se encogió Zoe de hombros, oyó cómo se abrían un par de puertas más, algunas cabezas se asomaban, escuchaba el rumor de voces y algunas risas emocionadas de fondo.

—Y que estabas sobria...

—Eso no fue por propia elección, pero sí. Tampoco podría enfrentarme a muchos de ellos a la vez en campo llano, por ejemplo: es fácil que te rodeen. Tuve suerte.

—No es suerte: todas las que te han visto luchar te tienen por una maestra de la espada — algunas chicas se acercaron para verla de cerca, también un par de chicos.

—Soy vaga —se explicó Zoe—, no es más que eso: busco atajos constantemente. Los maestros siempre dicen lo mismo, ¿no? El movimiento perfecto es aquél al que no le falta nada, al que no le sobra nada —un montón de hermanas se habían reunido alrededor de ella, sentándose en el suelo, y la escuchaban con atención—. Cuando has hecho un movimiento diez mil veces, lo haces de la forma más sencilla posible —dijo haciendo un arco perfecto con su hoja—. Los zombis no son inteligentes ni tienen capacidad estratégica y sabemos que los nigromantes no tienen un poder demasiado grande sobre ellos, pueden, como mucho, disponerlos en varios flancos, pero luchar contra muchos de ellos puede cansaros rápidamente. Si peleáis con inteligencia y si el terreno os es favorable o si creáis un terreno favorable, podéis contener a varios de ellos, no es nada que no os enseñen ya en los monasterios. Sabéis que nuestras fortalezas y aldeas tienen empalizadas apuntando hacia afuera, de forma que tenemos una defensa que, dado el caso, nos podría servir para ensayar una estrategia de ataque, y aunque no siempre podemos contar con esa clase de ayuda, podemos idear otras soluciones. Por ejemplo, los propios no-muertos os pueden servir para crear una pequeña muralla, si vienen muchos contra vosotras o vosotros y estáis en un cuello de botella, podéis destrozar sus rodillas mientras os protegéis de sus acometidas —Zoe recreó el movimiento con su espada, lo había perfeccionado tanto en su complejidad que le hubiese parecido engañosamente fácil al ojo inexperto— y crearán una barrera contra los siguientes, supongo que esa clase de cosas son las que pueden decantar una batalla a vuestro favor —se oyeron murmullos de admiración.

Zoe, de pronto cayó en la cuenta al mirarlas: en sus ojos había una determinación férrea por acabar con la Academia, jamás podría convencerlas de lo contrario. Sin embargo algunas de las asistentes improvisadas tenían un fuego distinto en la mirada y disfrutaban con cada uno de sus movimientos: eran las Doncellas de la Guerra.

¿Si convencía a las Doncellas de la Guerra, lucharían las Hermanas de la Muerte contra ellas? Parecía más que probable: matar no-muertos era lo único importante, era a lo que la Hermandad de la Muerte dedicaba su existencia. Quedaba el propósito, pero no el recuerdo del porqué, nunca permitirían que los nigromantes tuvieran protección.

Y tampoco era probable que las Doncellas escaparan a una concepción del mundo que se colaba en cada expresión de esa sociedad, construida sobre la base de la maldad de la Academia. Era un relato demasiado cómodo, agradable al oído, que decía que el orden era claro y sencillo. Ella no podía luchar contra ese peso.

La Hermandad de la Muerte era la primera Iglesia y la que comandaba a las demás. No había alianza posible cuando los altos mandos rechazaban cualquier intento, no ya de acercamiento, sino de mera comprensión. Habiendo demonios por el mundo ocultos en los humanos, Zoe sabía cómo acabaría aquello: en una vorágine de acusaciones sin más fundamento que la lucha por el poder y, en definitiva, en sangre derramada.

Mientras tanto, los Antiguos continuaban inexorables su camino sin ninguna oposición.

Y nadie escuchaba la verdad por la simple razón de que quien la decía era considerado un mentiroso.

Podía intentar explicarles los ritos perdidos pero, teniendo en cuenta que era libre debido únicamente a la voluntad de quienes conocían su leyenda, no podía jugar la misma carta dos veces: nadie la rescataría en esta ocasión. Y, en el mejor escenario, un montón de gente moriría a manos de otro montón de gente creyendo que hacían lo correcto.

—Ayúdanos a matar a los nigromantes —le pidió una hermana, ilusionada.

—Sí, han sido ellos los que han despertado a los demonios —sentenció otra.

Sombra graznó un par de veces, tal vez en una réplica.

No había mucho que hacer, se lamentó Zoe, tenían respuestas fáciles, tenían a quién odiar.

Más hermanas se aproximaron a ella con sus peticiones y súplicas.

Gala también se acercó a ella, interviniendo a su favor:

—No tienes por qué venir con nosotras. De todas formas la mayoría defenderemos esta fortaleza como si fuera el último bastión de la humanidad. Los nigromantes no pueden vivir, les hemos permitido demasiado y ahora han convocado a los mismísimos demonios, pero no fallaremos de nuevo. El mundo se muere, nadie lo dice pero hasta el campesinado ve esto y por eso se acumulan a nuestras puertas, pero tampoco ellos pasarán, deben volver a sus aldeas, ahora ninguna muralla es útil, los protegeremos allí —las presenten asintieron al unísono.

Eso era lo malo de la locura, pensó Zoe, lo parecida a la cordura que era y lo irrelevante que hacía a la coherencia.

Pero le estaban perdonando la vida y tenía que marcharse.

La ciudad se recortaba contra la noche de luna llena mientras ella se alejaba, dirigiéndose hacia el sur, hacia el punto de encuentro con Aatami y Tora.

Ni las hermanas de la Iglesia ni los nigromantes tenían familia a la que volver.

Zoe, fuera a donde fuera, nunca se había sentido en casa, salvo cuando estaba con Aatami. Al reparar en ese pensamiento, se supo afortunada, tal vez eso era la amistad: el lugar al que regresar, el lugar en el que sentirse en casa.

Tenía ganas de verle.

Sin embargo, notó una sensación incómoda al abandonar Hvide Fæstning: la realidad se tornaba vacía al contacto con su cuerpo... trataría de estar atenta. ¿Se sentían así aquéllos que terminaban pereciendo y transformándose en demonios? ¿Eran acaso los estertores de un mundo gritando el eco del silencio?

Sólo estaba segura de una cosa.

Esto iba acabar muy mal.

Formas de arreglar el mundo (8)

—¿Cuál es vuestro plan? —interrogó Ida con los libros abiertos sobre una de las mesas de la posada de Finn.

Un par de antorchas iluminaban el establecimiento y Finn seguía jugueteando con el collar de Maura entre sus dedos, satisfecho con la idea de que estuviera finalmente muerta y de que su cadáver no hubiera sido utilizado como un arma sino como una respuesta.

—Es más una tentativa que un plan en sí —aclaró Aatami.

—Pensamos ir a una ciudad perdida al sur con ayuda de este mapa —Tora lo extendió sobre la mesa.

—Está muy bien conservado y no estamos demasiado lejos —apreció Ida—, ¿de dónde lo habéis sacado?

—Untersagt —respondió Aatami—. También tenían mapas del mundo antiguo. Antes de la llegada de los Antiguos Svalbard estaba lejos de todo.

—Ignoro qué es Svalbard —comentó Ida y comenzó a leer parte de un libro en voz alta—. Los nodos secundarios deben activarse, la energía se liberará, dando lugar al estallido de luz mediante el metal de la rosa de los vientos, debemos asegurarnos que su opuesto es funcional y que la energía se dirige desde uno al otro. La energía deberá cambiar de signo rápidamente en su viaje a través del metal... —levantó la vista del libro—. ¿Entendéis algo de lo que pone aquí?

—En absoluto —contestó Aatami.

—No estoy familiarizada con la tecnología que hubo en este planeta —dijo Tora—. Pero eso no suena a lenguaje técnico en ningún idioma.

—Esa era mi sospecha también —intervino Aatami—, dado que la tecnología de la que habla el libro pertenece a las ruinas de una de las ciudades perdidas, parte de la información vital ha podido ser eliminada por error en esa... especie de traducción.

—¿Y éste es vuestro plan? —inquirió Ida, incrédula.

—Bienvenida a mi mundo —convino Tora, la cual caminaba intranquila entre las mesas.

—Tentativa —le recordó Aatami.

—Tentativa —se corrigió Ida.

—He pensado —continuó el nigromante— que podemos intentar activar la maquinaria que encontremos sacrificando directamente la energía de nuestros bastones, pero, con todo, las descripciones del ritual son igualmente confusas....

—Aquí dice —advirtió Ida— que se supone que, una vez la luz esté en movimiento y colisione, nosotros deberíamos magnificar esa explosión para... para hacer algo. De forma que uno de nosotros debería intentar poner en marcha la maquinaria y otro debería amplificar la colisión. ¿Crees que puedes activar lo que sea esto y después ayudarme?

—¿Sabéis que necesitáis comprender el proceso, verdad? —se aventuró Tora—. ¿Que no podéis dejar a la magia por su cuenta haciendo cosas...?

—Tora también hace magia —señaló Aatami.

Tora sonrió, algo avergonzada.

—¿Qué clase de magia es? —indagó Ida con curiosidad.

—Fuego —contestó ella.

—Creo que no nos sirve —musitó Ida leyendo a toda velocidad—. Espera, tal vez durante la colisión... ¿puedes crear un fuego frío? —interrogó, exaltada—. ¿Un fuego que produzca luz pero

no calor?

—Sí —respondió Tora—, pero tenemos que comprender la tecnología que vamos a usar antes de nada. ¿Sabemos si hay algún científico en ese “templo” que pueda guiarnos o que sepa cómo activar la maquinaria?

La puerta de la posada se abrió de golpe.

—¡Chaval, una cerveza! —gritó Zoe, bastante cansada, en lo que parecía ser una especie de movimiento reflejo, derrumbándose sobre una silla junto a ellos—. Hola —consiguió decir con un resoplido. Aatami la abrazó, feliz.

—¡Zoe! —exclamó Tora inclinándose ante ella—. Empezaba a preocuparme —confesó, aliviada.

—Estaré bien en unos momentos... —le aseguró acomodándose en su silla—. Me alegra que ya tengas ropa que ponerte —comentó—. Perdona, mi nombre es Zoe —se presentó ante la hechicera— y mi cuervo es Sombra —Sombra graznó.

Finn volvió con el pedido de Zoe.

—Está claro que sois un grupo peculiar —afirmó Ida, algo recelosa de la compañía de una Hermana de la Muerte.

—¿Ha habido suerte? —le preguntó Tora a Zoe, esperanzada.

—No, a punto he estado de acabar en prisión, he perdido los libros y, además, mis hermanas estaban muy locas y tenían muchas ganas de matar nigromantes esta tarde: piensan que los nigromantes han convocado a esos demonios. Menuda panda de gilipollas. Sólo lo que parece ser mi leyenda me ha salvado.

—¿Tu leyenda? —curioseó Ida.

—Esta mujer que ves aquí es Zoe de Varna —aclaró Aatami.

Tora no podía dar crédito.

Ida repasó mentalmente si tenía información sobre alguien llamado así, sí la tenía.

—Voy a dormir —soltó Zoe bostezando, sin más ceremonias—. Me llevo esto —y cogió su cerveza—. ¿Chico, puedo dormir por aquí o voy al granero?

Finn se apresuró a atenderla.

Zoe se sentía agotada y triste y decepcionada, y Aatami reparó en ello. Ambos lo supieron al despedirse con la mirada.

Cuando Finn y la Hermana de la Muerte se marcharon escaleras arriba, Tora gritó en un susurro:

—¡Zoe es la Destructor de la Corona de Bjørn!

—Sí, aunque te aseguro que se incomoda bastante si se lo recuerdan con ese entusiasmo —le advirtió Aatami.

—¡Creo que han escrito canciones sobre ella! Y yo sin saber con quién viajaba... —comentó, emocionada.

—No tengo ningún deseo de resultar tajante pero viajabas con Zoe, eso es todo —insistía él—. Zoe siempre me dice que odia los símbolos, porque un símbolo es mucho más grande que una persona.

—¡Un símbolo es inspirador! —señaló Tora con una sonrisa soñadora, sus ojos brillaban.

—No para ella —dijo Aatami, algo sombrío y la señora astada lo miró intranquila—. Además, si lo piensas, ha sido por lo que las cosas y las personas simbolizan que no ha obtenido ayuda alguna.

Tora lo consideró durante unos instantes.

—Los nigromantes sabemos bien que los símbolos y el fanatismo no suelen andar lejos —

intervino Ida, con la vista en los libros—. Lo que es bueno hoy puede ser malo mañana, pero siempre es más fácil cambiar ideas que creencias.

Tora se perdió en sus reflexiones, dándole vueltas a esas ideas, y después bostezó:

—Lo siento —dijo—, pero tengo mucho sueño, seguiré pensando mañana. ¿Aatami, vamos a dormir?

—¿A dormir? —inquirió él, somnoliento.

—Creía que eras un tipo elegante —dijo riendo al cogerle de la mano.

—Perdona, es muy tarde y estoy muy cansado —lo cierto es que se habían quedado hablando hasta bien entrada la noche.

—Entonces te dejaré coger fuerzas para el desayuno —declaró Tora con ternura, una sonrisa indiscreta y un beso.

Ida se despidió de ellos y se quedó leyendo allí.

Los ronquidos de Finn se oían en alguna habitación contigua.

—¿Qué haces? —le preguntó Finn a Zoe al acercarse a ella.

Era por la mañana y ella afilaba su espada con una piedra de amolar, sentada en una banqueta, en el exterior de la posada.

—Asegurarme de que este trasto corta —respondió ella.

—¿La usas para matar nigromantes?

—Ultimamente no.

—¿Has matado a otras personas con ella?

—Sí —Zoe se detuvo y le miró.

—He escuchado que hay aldeas que prefieren ser gobernados por ellos —dijo el chico—. ¿Es eso cierto?

—¿Por qué no te han llevado con ellos los demás paletos de la aldea?

—Finn, aunque puedes hacerlo si quieres, no es necesario que respondas —comentó Ida saliendo al exterior de la posada con la vista fija en sus notas, Finn hizo una reverencia y se marchó.

—Sabes que nadie le habla así a una Hermana de la Muerte y menos... —Zoe se había levantado, agitada, pero Ida no pareció darle la más mínima importancia y la interrumpió:

—Zoe, en el pueblo hay algunos caballos y Finn no los quiere aquí: teme que su presencia atraiga a bandidos, aunque sabe bien que las riquezas del pueblo ya son peligrosas para él, al mismo tiempo considera que la fortaleza puede ser disuasoria. Tora está comprobando si hay algún percherón que pueda aguantar su peso y Aatami está revisando las provisiones. ¿Te importa si disfrutamos de esta mañana tú y yo? —Zoe la miró enfurecida, pero Ida siguió hablando como si nada—. Sabemos que sólo hay una respuesta a tu sofisticada pregunta: “por qué no te han llevado con ellos los demás paletos de la aldea” —citó, entretenida—. El chico tiene suerte de que no lo mataran estando tan cerca de Hvide Fæstning, no parece tenerles cariño a sus padres. Es fuerte: no se ha suicidado. Tal vez pueda aguantar, gracias a su magia.

—¿Es un nigromante? —se sorprendió Zoe.

—Pensaba que la Hermandad de la Muerte podía detectar magia —dijo Ida, ensimismada.

—Yo no detecto magia.

—Entonces estaba en un error. Pero tú eres magia. ¿Cómo crees que las Hermanas de la Muerte sobreviven a sus encuentros con mis colegas?

—¿Fuerza de voluntad? —se aventuró ella—. ¿Un alto índice de alcohol en sangre?

—Magia, tal vez pasivamente enfocada a la defensa —le explicó Ida—. La integráis en vuestros entrenamientos, en vuestro cuerpo. Además, no creo que vuestro incienso sea normal,

tiene propiedades... más bien inusuales en mí, por lo que he podido comprobar. El mismo mundo en que vivimos está lleno de magia. La gente como tú y como yo somos sensibles a ella a distintos niveles, ¿por qué la mayoría de miembros de la Academia o de la Iglesia son huérfanos si no fuera porque hay gente que cree que tiene el derecho de hacer un mundo mejor a nuestra costa? Unas personas nos rechazan y otras nos acogen. Evidentemente la selección se trata de un proceso más intuitivo o inconsciente en vuestro caso, pero de hecho, funciona.

—Mmm... tiene sentido... —murmuró Zoe.

—Y aun teniendo en cuenta que tu Iglesia no conoce sus propios orígenes y tal vez debido a ello, no tengo más remedio que preguntarte: ¿a quién protege tu Iglesia? ¿Matarían tus hermanas a un niño si supieran que posee el talento natural de la nigromancia, básicamente porque es más consciente de la energía que fluye por las ruinas de este mundo que un niño escogido para engrosar las propias filas de la Iglesia? Y con respecto a la nigromancia, ¿ésta sólo puede ser usada para matar?

—¿Esto es una especie de disputa personal? —desconfió Zoe, notando cómo su escasa paciencia se acababa.

—Es curiosidad —dijo Ida, sincera—, no tengo nada en tu contra. No formulo un juicio sin tener una buena base teórica. Creo que Finn tampoco. Pero es interesante saber que no te gusta estar a ese lado de la conversación.

—Tengo experiencia encajando preguntas incómodas —alegó Zoe con acritud.

—No me refiero a eso: me refiero a que no te gusta ser juzgada por lo que eres. Lo cual es interesante.

—Sé que la Iglesia es problemática —admitió la Hermana de la Muerte.

—Tampoco me refiero a eso: quieres esconderte de tu propia mente, quieres no ver quién eres. Y eso es interesante e inútil.

—Crees que me conoces porque soy una Hermana de la Muerte cuyo mejor amigo es un nigromante o quizás porque hay otras contradicciones en mi vida. Tal vez te creas cuidadosa en tus conclusiones, pero si piensas que ignoro esa mierda de que el miedo hace que rechaces lo que no quieres conocer, pero el dolor te fuerza a descubrirlo, es que te sobra juventud y te falta experiencia.

—Es cierto, no te conozco —dijo con tranquilidad—, pero yo estoy hablando contigo y tú estás hablando contra mí —al finalizar, Ida se la quedó mirando fijamente, completamente quieta.

—Tú... no tienes muchos amigos, ¿verdad? —quiso saber Zoe, incómoda.

—¿Por? ¿Quieres ser mi amiga? —soltó Ida con toda la sinceridad del mundo.

—¿Qué? ¿Me lo estás preguntando en serio? —preguntó Zoe, incrédula—. Mira... voy a ver cómo les va a los demás —dijo alejándose de allí apresuradamente.

—¿Entonces eso es un “no”?

Ida, por si acaso, tomó notas.

—¿Has visto? —sonrió Tora al ver a Zoe—. Este pueblo debía de ser un importante punto de venta de trastos del mundo antiguo y, sobre todo, de caballos, y hay al menos un par que puedo montar sin perjudicar su salud. ¡Y además son majísimos! —tras el estallido de entusiasmo la expresión de su rostro se tornó pensativa—. Pero tenemos que decirle al pobre Finn que no podemos llevarnos todos, sólo cuatro.

Tora se fijó en que Aatami e Ida se aproximaban conversando.

—Ida, ¿nunca has utilizado tus poderes para conseguir algo por la fuerza? —le preguntó él con interés.

—No —respondió ella—. Bueno... sí, sobrevivir.

—¿Es así como los nigromantes empezáis a conocerlos? —se interesó Zoe, mordaz—. Os aseguro que parece una parodia involuntaria, esto... ¿podéis seguir hablando?

—Siendo una nigromante es una suposición razonable —razonó él—. Al fin y al cabo hay bastante gente que quiere conseguir cosas de nosotros por la fuerza... cosas como, por ejemplo, que estemos muertos.

—¡No es lo mismo! —se quejó Zoe—, ¿verdad? Espera, este razonamiento, ¿cómo iba? —se preguntó a sí misma confundida.

—No se trata de defender un punto de vista desde una equidistancia más que cuestionable —señaló Tora—, os aseguro que matar está objetivamente mal. También las Hermanas de la Muerte matan y, como parece haber menos muertos vivientes por ahí, al verlas la gente no suele dar por sentado que está ante asesinas. Supongo que el relato es lo que cuenta. Pero dais pena todos —añadió con una sonrisa.

—De hecho, hay gente que sí sabe que las Hermanas de la Muerte y los nigromantes tienden a matarla por igual —observó Ida, inalterable— sólo que no se lo dice a ellas, naturalmente, en la Academia lo llamamos Teoría de la supervivencia del más apto. En cualquier caso, no creo que la nigromancia sea negativa per se, si buscas conocimiento, tienes que acercarte a los difuntos.

—Sí —asintió Aatami riendo—, la nigromancia es vital para aumentar nuestra comprensión de la medicina, la historia, la geología, la biología, la psicología... Deberían recordarnos por nuestras aportaciones a la ciencia.

—¿Estás intentándole dar una capa de atractivo al hecho de levantar cadáveres andantes, Aatami? —intervino Tora, divertida.

—En realidad sólo intento quitarle encanto al hecho de no hacerlo —declaró él.

—Me gusta —se decidió la señora astada, rodeándole con sus brazos y dándole un beso.

La Viuda Negra (9)

Los cuatro jinetes aparecieron tras la cima de una colina.

Resultaban imponentes, Zoe vestida como una Hermana de la Muerte y con Sombra volando alrededor, los nigromantes llevando sus báculos a la espalda y la majestuosa Tora recortándose contra el sol del ocaso.

Se detuvieron para contemplar el paisaje y disfrutar de la brisa. Aunque... a decir verdad, no todos pararon: el caballo de Ida siguió avanzando al paso mientras ella se perdía en sus lecturas.

Aatami pensó con cierto rubor en aquella humilde floresta donde construyó su choza: ante ellos se extendía la tarde como un manto oscuro atravesando un frondoso bosque que había tomado el valle.

Lo admiraron como si estuvieran presenciando el nacimiento de magia viva, ver algo así era un espectáculo poco común. Maravillados, se internaron en él, los árboles eran gigantes, la humedad del bosque se acumulaba entre ellos y el verde fluía por sus inmensos troncos apoderándose de la luz cuando ésta lograba atravesar el tupido manto que formaban las copas de los árboles. Un arroyo transparente se abría paso entre los senderos un poco más allá, los pájaros huían y los animales se escabullían en silencio al verlos.

—Las raíces son fuertes —confirmó Aatami—, va a ser complicado para los caballos pasar por ciertas zonas, podrían romperse una pata, de modo que tendremos que dar algún rodeo y tú —dijo dirigiéndose a Zoe— tendrás que renunciar a ese remolque y a tus dos barriles de cerveza —sí, el caballo de Zoe cargaba con un par de toneles.

—Tengo una idea mejor, Aatami: ya es tarde, así que podemos acampar y bebernos esto aquí mismo. No me he pasado cinco minutos dándole las gracias de corazón a ese niño raro para no beberme toda esta cerveza.

—Es imposible que cuatro personas acaben con todo eso en una sola noche —afirmó él categóricamente.

—¡Acepto el desafío! —resolvió Zoe con una sonrisa pícar—. Tora, voy a necesitar tu ayuda.

—Voy a por la cena, no quiero beber con el estómago vacío, si me disculpáis —se despidió Aatami.

Tora encendió un fuego contenido sobre el suelo. Tenía la forma del que producen las hogueras y era cálido y agradable, pero no había madera o combustible alguno debajo.

—Aatami, intenta no perder de vista este fuego —le dijo la señora astada—. Y si pasa algo, grita.

—Iré contigo —le dijo Ida al hechicero—. Se me da bien cazar.

—Coge bien por ese lado, tú que estás fuerte —le decía Zoe a Tora, levantando uno de los dos barriles.

Tora cogió los dos barriles sin más.

—Me gustaría que habláramos de ti —dijo Aatami.

—Es una reacción natural —respondió Ida—, ¿qué quieres saber?

—¿Por qué fuiste tan cerca de Hvide Fæstning siendo un territorio tan peligroso para nosotros?

—Podría hacerte la misma pregunta.

—Desgraciadamente, tenía que pasar cerca de allí —respondió Aatami.

—Entonces podría darte la misma respuesta.

—¿Y podrías desarrollarla, si no es inconveniente? Ahora siento curiosidad —aclaró él.

—Iba a Untersagt, en realidad no hay mucho más que añadir. Recolecto objetos antiguos, siento una enorme curiosidad por el mundo antes del Calentamiento y la Era de la Guerras, la fauna que existía y las ciudades que alzaron nuestros ancestros. En cierto modo era un mundo lleno de magia: las guerras por el combustible, la ciencia y la tecnología marcaban la ruta a seguir, pero los humanos ahogaban los mares en océanos de contaminación, extinguían a casi todas las especies animales y sepultaban los cielos bajo nubes tóxicas. Provocaron la destrucción del mundo y una no puede más que admirar la gloria que se ha perdido en la tragedia. Al mismo tiempo es triste comprobar cómo se puede ser un ignorante a pesar de poseer conocimiento: tener información no solucionó sus problemas, ellos tenían una tecnología que les proporcionaba información constantemente y eligieron desdeñarla a pesar de que su destino estaba en juego. Y aquí estamos otra vez, en medio de un ciclo pertinaz sobre el que apenas tenemos control mientras nos quedamos sin tiempo. Si se va a acabar el mundo, lo único que tiene sentido es impedirlo.

—Me temo que habría gente en desacuerdo contigo —dijo Aatami—, no lo dirían abiertamente, claro —añadió.

—Confío en que se trate de una minoría.

—En cualquier caso nadie nos va a escuchar —aseguró él con tranquilidad—, así que no tenemos de qué preocuparnos.

—Es sorprendente —comentó Ida— que ni aquéllos que conservaban los códigos ni los que se perdían en sus luchas de poder recuerden lo que es un nigromante. He de confesar —dijo ella contemplando los árboles que se multiplicaban en un laberinto sin pared alguna— que también yo lo ignoraba. Mis maestros pertenecían a una rama bastante mística: me enseñaron que las palabras son y no son y que, cuando alguien te habla, no sólo debes escuchar lo que dice con atención, tienes que escuchar lo que hace que esa persona hable y tú escuches. Pero no me enseñaron nada en absoluto sobre los orígenes de la Academia.

—¿Cómo se llamaba tu escuela?

—La Enseñanza del Camino, creo —respondió, insegura, no parecía habérselo planteado nunca.

—Nunca había oído hablar de ella.

—En realidad no sé si ése es su verdadero nombre... o si tiene nombre. Comparte elementos en común con las enseñanzas de las Doncellas de la Guerra, tal vez por eso Tora y yo solemos coincidir en ciertas cosas, creo que ella entiende exactamente a qué me refiero.

—Es probable, en ocasiones ella también me resulta incomprensible.

—El vacío no puede ser expresado en palabras —afirmó ella—. En cualquier caso, no debe ser casual que todas las partes hayamos olvidado nuestro lugar en el mundo y que lo que hemos construido en el olvido se haya transformado en un problema. Aunque tampoco creo que el pasado fuera una época gloriosa de la que absorber cualquier enseñanza, y menos después de la desolación que debió de preceder al nacimiento de la Iglesia y la Academia.

—La sangre que derrama la Academia es atroz, la que derrama la Iglesia se llama orden: no somos tan distintos —observó Aatami, mordaz.

—Hay regiones donde el mensaje es exactamente el opuesto... Por otro lado tenemos cena —sonrió Ida. Un jabalí apareció levitando ante ellos, su cuello crujió con un sonoro chasquido.

El silencio se intensificó y Aatami pudo oír unos pasos haciendo ese sonido que hace quien no desea ser escuchado.

Apuntó con su bastón.

Ida no dudó e hizo lo mismo, aunque ella no era consciente de que nadie los hubiera seguido.

El brillo de una espada refulgía tenue entre los árboles y la noche.

—¿Quién eres? —demandó Aatami.

Zoe esperaba la respuesta y se impacientaba, esa mujer que tenía delante no parecía saber dónde se había metido: vestía como una Hermana de la Muerte y no dejaba de mirar hacia la inmensa Tora, agitada. Zoe creía ver miedo en sus ojos. Al cabo de unos instantes la extraña habló:

—Hemos oído que hay dos nigromantes en este bosque —dijo dubitativamente.

—Escucha, márchate de aquí y volverás con vida a tu hogar —le prometió Tora.

—Tengo que encontrarlos: son peligrosos —insistió ella, alterada.

—Somos sus protectoras, hermana —dijo Zoe—. Entiende que no vas a llegar más allá de este punto.

La desconocida miró a ambos lados, nerviosa.

—He jurado destruir a todos los nigromantes. ¡Tú también lo has hecho! —le espetó a Zoe.

—Si realmente crees que estás haciendo lo correcto, puedo ofrecerte un combate sólo contra mí —dijo desenvainando su espada—, pero no puedo decir que vaya a ser éste un combate justo. Si me vences, podrás continuar. Mi amiga no te atacará —Zoe dio su palabra, miró a Tora y la señora astada asintió.

—¿Te refieres a ese demonio? —dijo la Hermana de la Muerte, incrédula. Tora sonreía, encantada y apoyada contra un árbol—. ¿Tus últimas palabras? —le preguntó la mujer a Zoe, su voz se rompía en medio de los nervios.

—Soy Zoe de Varna —declaró ella.

—La Destructor de la Corona de Bjørn jamás arriesgaría su vida para proteger a una nigromante perseguida por la Iglesia —aseveró su interlocutora, desenvainando e intentando convencerse de que su oponente mentía a fin de amedrentarla.

—Tienes razón —convino Zoe, adoptando una postura de combate—, no la arriesgaré.

La desconocida atacó primero, estaba atemorizada, Zoe detuvo su estocada, tomó la mano con la que su contrincante empuñaba su arma, hizo presión sobre su muñeca al retorcerla, la derribó al suelo y atravesó su corazón.

Apenas dos gotas de sangre bajaban por el filo de la espada. Era triste ver esa expresión de inocente incompreensión en sus ojos muertos.

—Brindaré por ti —dijo la guerrera, contemplando aquel estúpido cadáver.

Aatami esperaba la respuesta de aquella asaltante.

—Soy Sif, Hermana de la Muerte —una capucha se movía inquieta, con la cadencia de un depredador, entre el color verde.

—¿Hay alguna forma de disuadirte? —preguntó Aatami.

—¿Qué haces en este bosque? —interrogó Ida.

—No hay muertos en esta tierra sagrada que puedan protegeros, conjuradores —dijo la mujer, llena de odio, descubriéndose ante ellos al salir de entre la espesura. No dejaba de evaluar a Ida con la mirada.

—Estás en inferioridad numérica, es imposible que sobrevivas —afirmó él—. No es necesario luchar, puedes irte —intentó convencerla. De haber estado solo, hubiese tenido que pensar cómo sobrevivir al encuentro, pero en estas circunstancias era una locura que alguien quisiera hacerles frente.

—No va a haber ninguna lucha —sentenció Ida, de repente ya no había allí ninguna chica perdida en su mente—. Buscadora de gloria, no vas a ser la nueva Destructor de la Corona de

Bjørn —declaró con seguridad y cansancio, su expresión había cambiado completamente y ahora parecía la de alguien que se había propuesto enfrentarse al trepidante mundo del papeleo por tercer día consecutivo con la ayuda de un lanzallamas y mucha determinación—. Si deseas morir da un paso al frente —la desafió, fría.

Cuando aquella mujer avanzó hacia ellos, se encontró con un muro de fuerza que la desmembró como si no fuera nada. La sangre manchó los árboles, salpicándoles también a ellos.

Aatami tardó unos segundos en reaccionar.

—¿Quién eres? —le preguntó a Ida, desconcertado—. ¿Y por qué haces un muro de fuerza que deja pasar la sangre a través?

—Me llaman la Viuda Negra y, al contrario de lo que cuenta la creencia popular, no es un apelativo que yo haya elegido ni que disfrute —se sentía una profunda seguridad en ella, ya no era un fantasma enfrascado en su lectura, ahora, más que estar presente, parecía una decisión que la misma realidad había tomado, irrevocable.

Él, asombrado, se arrodilló ante ella.

—¿Aatami? ¿Qué haces? —le preguntó Ida, perpleja.

—Dicen que eres la nigromante más poderosa que ha existido jamás —declaró él, mirándola desde ahí abajo.

—Sé que lo dicen, no hace falta que... —chasqueó la lengua mientras buscaba palabras—. Puedes levantarte. Seguramente sea una exageración pero las hermanas parecen dispuestas a dar gustosamente su vida por esa creencia —aseveró la joven Ida, sin ocultar su desdén ante una situación que le parecía absurda.

—En fin, volvamos antes de que Zoe se acabe toda la cerveza —dijo Aatami, intentando ordenar sus pensamientos.

Ida asintió, deteniéndose a tomar unos apuntes, después siguió a su compañero, utilizando su magia para ayudarlo a cargar con la cena.

En algún momento esa Ida se desvaneció: había vuelto el halo de silenciosa confusión que solía rodearla. Sin embargo Aatami pensaba que sería una imprudencia imperdonable considerar que ambas versiones eran dos aspectos de una misma persona ante diversas situaciones y empezaba a sospechar que las dos estaban siempre trenzadas con el presente, sólo que guardaban una cautelosa distancia con la realidad.

Zoe estaba tirada sobre su saco de dormir, disfrutando de su cerveza, Tora se calentaba las manos junto al fuego, su jarra estaba a su lado.

El cadáver de aquella otra hermana tenía la espada de Zoe clavada en el torso a unos metros de ellas.

—Lo que quiero decir es —continuaba Zoe—, si te comento, educadamente, que la comida que me has servido está intentando apoderarse de mi tenedor, ¿cuál es el mecanismo en tu cabeza que te hace pensar que quiero otro plato de la misma mierda pero con la salsa gratis?

—El cliente siempre tiene la razón —convino Tora.

—¡Gracias, tía! —exclamó, reconfortada.

Brindaron.

Los nigromantes llegaron hasta ellas.

Al aparecer Aatami entre la espesura, Tora corrió hacia él, él corrió hacia ella y se abrazaron.

—¡Te dije que gritaras! —protestó ella al reparar en toda la sangre que le cubría —¿Estás bien? —quiso saber, preocupada y esperanzada, él asintió.

—Por eso no tuve que gritar. ¿Estás bien tú? —preguntó él, alarmado.

—¡Sí! —sonrió Tora, feliz.

Se besaron y se abrazaron de nuevo.

Luego se pusieron a hablar sobre ocuparse de ese cadáver en el suelo.

—¡Eh, nigromante! —llamó Zoe. Aatami le lanzó una mirada de interés—. Tú no, tío, la otra —Ida dejó de leer y también la miró—. ¿Quién coño eres? Si me voy a jugar el pellejo por ti, al menos necesito conocer ciertos detalles.

—Me llaman la Viuda Negra.

—Entiendo —dijo Zoe, entrecerrando levemente los ojos—. Nunca hubiera pensado que la Viuda Negra eras tú —resolvió, satisfecha.

La hechicera aguardó unos instantes...

—Zoe, creo que lo normal es hacer más preguntas en esta clase de situaciones —le indicó Ida.

—¿Sí? Yo creo que lo normal está bastante sobrevalorado y nunca lleva a nada bueno —dijo bebiendo de su cerveza y eructando después.

—Sinceramente, yo tampoco esperaba que Zoe de Varna tuviera un amigo nigromante, otra amiga procedente de otra realidad y un grave problema con la bebida —dijo, inocente.

—¿Grave problema? —inquirió Zoe, enfurecida por el comentario, levantándose hacia ella, Ida se asustó un poco—. Tú eres una leyenda, ¿verdad?

—¿Sí? —dudó ella.

—¿Y querías serlo?

—No.

—¿Por qué no?

—Bueno, en primer lugar, nunca había pensado en ello antes de que me convirtieran en una, pero principalmente tus hermanas quieren matarme constantemente y eso es bastante injusto porq... —Zoe le puso torpemente su dedo índice en los labios.

—Exacto, es injusto. ¿Cuántos nigromantes, hermanas y demás imbéciles crees que he tenido que matar a lo largo de mis ocho lustros sólo porque querían demostrar su valía a costa de la mía? ¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis... —respondió, insegura, luego añadió—. Dieciséis años, no dieciséis imbéciles.

—Eres una niña: todavía crees que te dejarán en paz cuando se den cuenta de que tú no eres ningún peligro real. Pero subestimas lo persistente que puede llegar a ser la estupidez: la gente no ve un ser humano cuando te mira, sólo ve diferencia.

—¡Sin embargo yo nunca he usado mis poderes para asesinar aldeanos! —se indignó Ida, amohinada.

—Pero eso no es lo que ellos creen.

—¡Me da igual! ¡No lo hago por ellos, lo hago por mí, para ser yo y no ser un monstruo! —insistía Ida—. ¡No soy la Viuda Negra!

—Eres valerosa y buena en un mundo que entiende la bondad como un equivalente de la simpleza. Pero ellos son los que escriben tu relato: te narran para encajarte en su visión del mundo y, transformada en palabras, te roban tu humanidad, de repente sólo eres un elemento más que confirma su realidad, pero ya no eres una persona. Apodérate de ese relato, escríbelo tú para que nadie más pueda robarte quien eres. E intenta no acercarte a la bebida —dijo ofreciéndole una jarra de cerveza. Ida, terriblemente confundida, aceptó—. Puedes hacer lo que quieras, pero te recomiendo beber sólo un par más de éstas.

—Duele cuando te das cuenta de que... —le dio un sorbo a su cerveza—, ellos no me quieren cuando me muestran tal y como soy, prefieren a una persona parecida a mí pero que no soy yo, antes que a mí. Además, yo no elegí nada de esto, sin embargo me juzgan como si fuera mi elección, como si ellos fueran seres humanos “por defecto” y quienes nos desviamos de los

estrechos límites que han creado para darse la razón no fuéramos válidos. A veces siento que ni siquiera hablan mi idioma o que soy de algún otro planeta, como Tora, al menos ella tiene esa excusa... Incluso, si no saben nada de mi magia, les parezco arrogante o distante y dicen que no tengo corazón, y ni siquiera entiendo por qué. ¿Soy arrogante, no tengo empatía?

—La gente es idiota, Ida. Y los idiotas tienden a pensar que el mundo sería mejor si todos pensarán como ellos y, a la vez, que el conocimiento y las opiniones son lo mismo, es una combinación peligrosa —brindó con ella.

Tora y Aatami observaban la escena, desconcertados.

—¿Qué demonios le pasa a Zoe? —le preguntó ella en un susurro, profundamente extrañada.

—Creo... creo que está demostrando genuina preocupación por otra vida —dijo Aatami al mismo volumen, asombrado.

—Por si acaso, vamos a hacer la cena antes de que emborrache a la pobre Ida.

El coloso y la guerrera (10)

Ida iba delante, Zoe cubría la retaguardia a bastantes metros de Tora y Aatami.

Según el mapa del que disponían habían llegado a la zona montañosa en la cual se encontraba el templo donde el ritual debía llevarse a cabo. Sin embargo el paisaje había perdido su color, la niebla empezaba a levantarse y el sol luchaba por arder en un cielo tan lejano que parecía estar en otro mundo.

—¿Es ceniza? —dudó Tora bajándose del caballo y jugueteando con ella entre sus dedos, fascinada.

Todo el suelo estaba cubierto de ella hasta donde alcanzaba la vista.

Nadie dijo nada más.

Y todos empezaron a oírlo.

Un temblor sacudió la tierra bajo sus pies, creciendo.

Sonaba como si el corazón del mundo estuviera latiendo.

Los caballos comenzaron a agitarse nerviosos y todos se apearon de sus sillas por seguridad, tratando de serenarles, sin saber demasiado bien cómo dejar de tener miedo ellos mismos.

El temblor se transformó en estrépito y después en un poderoso retumbar.

Tras el monte se distinguió una sombra imposible entre la bruma.

Era un demonio de proporciones colosales, alto como una montaña. No tenía ojos pero lo compensaba con un rostro que parecía una boca circular, llena de hileras de colmillos. Tenía cuatro brazos delgados y demasiadas piernas, con más articulaciones de las necesarias.

—¡Zoe, corre! —gritó Tora con toda la potencia de sus pulmones, aterrada.

Y Zoe, que se iba a tapar sus oídos doloridos, corrió.

Sombra voló hacia ellos.

Y ese enorme demonio aplastó al caballo de Zoe, el cual relinchó pidiendo auxilio, asustado, cuando, con los huesos rotos, trataba de arrastrar su cuerpo por el suelo.

Aatami hizo el amago de empezar a correr hacia ella, Tora le detuvo con una mano firme tomándole del brazo.

Tras unos segundos contemplando el caballo moribundo, aquel monstruo volvió a centrar su atención en Zoe.

El nigromante, asustado, utilizó su energía para tirar de Zoe hacia él, para ayudarla a cubrir más terreno con cada movimiento. Era difícil ajustar la fuerza de forma que ella pudiera llegar más lejos y al mismo tiempo mantener el equilibrio o todas sus extremidades en su sitio, pero Aatami trataba de ser cuidadoso.

Tora convocó su fuego, aquella era una de las tropas de élite de los conquistadores, no tan poderoso como los mismos Antiguos aunque temible, en ningún caso eran rivales para él. Su enemigo trastabillaba al sentir el incendio en sus entrañas, sí, y rugía, tal vez de dolor, pero nada parecía poder frenarlo por completo.

Ida, impertérrita, se colocó en posición y se dispuso a reunir su magia en su báculo apuntando a aquella cosa.

No había sitio al que huir, tenía que destruirla. Necesitaba unos segundos más.

El tiempo se detuvo alrededor de su concentración, viéndola acumular energía.

El demonio apenas retrocedía ante las acometidas de la magia de Tora sin llegar a detenerse en ningún momento, cada paso que conseguía dar hacía retumbar las mismas montañas.

Un par de segundos más, rogó Ida.

Y la bestia avanzaba.

Un segundo más, por favor.

El brazo de la criatura barrió a Zoe y ésta salió despedida golpeando contra una piedra. Sus huesos se quebraron bajo el cuero.

Aatami fue a su encuentro sin dudar.

Ida logró reunir la energía necesaria vibrando desde el centro de su ser.

Y descargó su poder, reventando la cabeza de aquella criatura, que se desplomó inerte sobre el suelo como una torre inmensa.

Zoe, unos metros más allá luchaba por respirar, dando bocanadas ahogadas y largas mientras la sangre le salía por la boca, incapaz de pronunciar palabra alguna, acariciando la cabeza de Aatami, el cual la abrazaba desesperadamente y sollozaba y decía su nombre roto en el corazón.

Zoe no duró mucho, sin embargo el llanto que quedaba tras ella parecía eterno, el único eco en un mundo muerto.

La impávida Ida hiperventilaba, culpándose de no haber podido realizar la descarga más rápido mientras la tristeza tomaba forma en su cuerpo. Se derrumbó sobre el suelo y vomitó.

Aatami, logró levantarse apoyándose sobre su cayado, brillaba.

Zoe volvió a la vida, la sangre que caía de sus labios resbalaba por su pecho.

Sombra se posó sobre el hombro de su ama.

Aatami lloraba desconsoladamente.

Tora le abrazó por detrás, con delicadeza. Él apretó su mano, deshecho.

El cadáver de Zoe les miraba, inmóvil, había una extraña mezcla de tristeza y decisión en sus ojos.

Sombra, tal vez intuyendo lo que pasaría a continuación, voló hasta Ida.

E Ida se sentó sobre el suelo con las piernas cruzadas, las palmas unidas y recitó:

—Tu alma será mi recuerdo: la semilla y el árbol caído son una ilusión. Aquí y ahora perdura la raíz, perdura el fruto. Tu alma será mi camino, tu alma será mi maestro.

Tora incendió el cuerpo no-muerto de Zoe con su poder y sus restos cayeron al suelo de rodillas para convertirse unos segundos más tarde en cenizas, como todo cuanto había alrededor.

Aatami no podía dejar de llorar.

Y Tora lloraba sus lágrimas.

Existir empezaba a ser algo bastante complicado.

Caminaban en silencio.

No hablaban, no existían palabras para lo que había de decirse.

Aatami en ocasiones estallaba en un llanto largo y amargo, y Tora e Ida se detenían y esperaban a que pasase de largo. Cuando el dolor y la rabia se hacían fuertes entre las lágrimas, la señora astada lo abrazaba y lloraba con él para ayudarlo a liberarse de su carga.

El paisaje montañoso, ceniciento y agreste, ya triste de por sí, había perdido todo el sentido, prisionero de un presente estático y punzante. Perdiéndose entre el dolor, el propósito de su viaje se difuminaba, parecía el recuerdo lejano de alguna persona que no estaba allí.

Ida le echaba un vistazo al mapa cada poco tiempo, pero no tenía ánimo para leer sus libros.

“Los Antiguos ganaban terreno: eran el mismo miedo y la desesperación que lo acuna.

Y el miedo era un relato demasiado antiguo como para combatirlo cuando la esperanza no recordaba cómo se hacía una promesa”.

Tora había leído esas líneas en uno de los libros de Aatami hacía unos días, le parecía una visión muy poética de unos conquistadores que asimilaban a los fuertes y sojuzgaban a los débiles

entre universos, sin embargo de alguna forma resumían el sentir general.

Continuaron en ese lamentable estado hasta que Ida señaló unas ruinas semienterradas en aquel manto grisáceo. Había grandes chimeneas de tierra aquí y allá que sobresalían como agujas.

Necesitaban encontrar una entrada.

El mapa sólo dibujaba un gran anillo de árboles en torno a la zona, un pequeño semicírculo cruzado por líneas horizontales y una basílica, que tal vez serían las piedras que estaban viendo, eso quería decir que el templo del ritual debía estar...

Ida convocó un fuerte viento, la ceniza se elevó y se dividió en dos, desvelando las ruinas de una de esas ciudades perdidas.

Vio restos de pavimento agrietado entre el polvo, escombros y edificios en camino de serlo, objetos oxidados que resultaban difíciles catalogar, restos de una vida que sepultaban los siglos.

Una cúpula descolorida por el transcurrir del tiempo trataba de alzarse entre el polvo, tenía una carcasa exterior formada por barras dispuestas horizontalmente y unos contrafuertes sobre unas columnas que no parecían ser capaces de aguantar mucho más. Parte de la cúpula se había derrumbado y los años habían arrancado la mayor parte de la carcasa exterior.

Ida había conseguido descifrar parcialmente los libros y ya tenía una idea aproximada de qué podrían encontrarse.

—Espero que los guardianes del templo recuerden cómo usar su tecnología —murmuró.

Más allá se encontraban los restos de edificios, cualquier sitio parecía igual de malo para empezar y dado que el mapa sólo hacía referencia a la cúpula, Ida se decantó rápidamente.

—Ahí hay una puerta —señaló, desencajándola de sus goznes y lanzándola a un lado con la fuerza de su magia—. En teoría, en alguno de estos edificios debería haber escaleras que nos lleven hacia abajo —dijo, tras leer un párrafo de uno de los libros, lleno de anotaciones personales.

Entraron.

La tenue luz azul de los bastones iluminaba la amplia estancia.

Tora conjuró llamas en sus manos: proporcionaban luz, pero no calor.

No parecía que quedara nada allí dentro: algunas mesas, objetos irreconocibles sobre ellas, antiguos ordenadores, decidió la nigromante. Había también algunos asientos aquí y allá... restos de madera, piedra y óxido. Nada más. Todos podían percibir cómo su magia absorbía los exiguos depósitos de energía que quedaban en aquellos artilugios según pasaban entre las salas, producían un zumbido leve cuando se acercaban a ellos. De haber tenido ánimo para hablar, seguramente hubieran convenido que eso era interesante. Ida se acordó de aquel televisor, inexplicablemente conservado en aquella casa cercana a la Hvide Fæstning.

Desafortunadamente, pasaran por donde pasaran no había escaleras que descendieran, sólo habitaciones incomprensibles.

Éste era el lugar, tal vez tenían que probar con algún otro edificio.

Volvieron sobre sus pasos y entraron en el más cercano de ellos: las ruinas apenas habían dejado techo ni paredes.

Avanzaban por lo que quedaba de las habitaciones, notando la misma energía vibrando en el aire y fluyendo hacia ellos.

Al abrir una puerta encontraron escaleras descendentes rodeando un hueco bastante grande hacia la oscuridad del abismo.

Escucharon un ruido metálico, algo se deslizaba entre las sombras allí abajo.

Después escucharon a su lado la respiración entrecortada de alguien absolutamente alterado: Aatami estaba colapsando, empezó a golpear la pared, empezó a sangrar.

—¡Podíamos haberla salvado! —gritó.

—Shhh... amor, ya sabes adónde va ese camino —murmuró Tora, cogiéndole las manos—, pero no hay más culpables que quienes buscan nuestra muerte.

—¡Tú podías haber detenido a esa criatura! —dijo señalando a Ida, lleno de furia.

La nigromante se sintió herida, aferró su cayado con fuerza, sin saber qué decir o si merecía la pena siquiera reaccionar.

Sombra se posó sobre el orbe que refulgía con ese tenue azul.

—Aatami —continuó Tora calmada—, puedes estar enfadado con ella, puedes estar enfadado conmigo... incluso contigo mismo. Pero no permanezcas en el lugar del enfado mucho tiempo, la rabia sólo quiere apoderarse de tu tristeza, y debe hacerlo, pero no para que busques culpables entre quienes han intentado proteger a Zoe. Sencillamente no es verdad, además, Ida nos ha salvado la vida a los dos. Dime si necesitas tiempo, sabes que siento un profundo respeto por tus límites y por tu espacio. Dime si necesitas silencio y no diré una sola palabra dondequiera que esté tu refugio, dime si necesitas un abrazo y te daré diez, dime si quieres llorar y lloraré contigo, pero no digas gilipolleces.

Aatami se rio entre las lágrimas y ella le abrazó una vez más.

—Nadie decía gilipolleces como ella... —musitó él.

Tora le dedicó a Ida una mirada tranquilizadora. Esperó unos segundos, cuidando de que el hechicero estuviera preparado para proseguir, cuando se cercioró, dijo:

—Ahora sigamos, algo se movía ahí abajo. Debemos de estar cerca del templo.

Viaje al abismo (11)

—Acepta mis disculpas, por favor —le dijo Aatami a Ida mientras descendían, haciendo una reverencia—. Lo que dije antes fue irracional. Si no fuera por ti, estaríamos muertos y en cualquier caso no tienes ninguna responsabilidad en nada de lo ocurrido. He sido totalmente injusto.

—Estoy acostumbrada a la injust... —ella se detuvo, paralizada.

El bastón de Aatami cayó por las escaleras y golpeó el suelo.

Su rostro comenzó a resquebrajarse, sus huesos empezaron a fracturarse, sus músculos se desgarraban y se deformaban, su boca ya no servía para gritar.

Ida dio un par de pasos hacia atrás y cayó sobre los escalones a su espalda haciéndose bastante daño.

Tora bajó hasta ellos corriendo, se apoyó en la barandilla y le propinó a ese soldado de los Antiguos una patada donde empezaba a asomar algún apéndice sin nombre, derribándolo al suelo del rellano más abajo.

Allí siguió golpeándole en lo que confiaba que fuera su cabeza hasta que no quedó nada de ella y después incendió los restos de su cuerpo.

Finalizó con el saludo marcial de las Doncellas de la Guerra.

La nigromante contemplaba todo desde una distancia irreal.

Tora la miró, manchada de sangre negra.

—Es la primera vez que te veo dudar —le dijo.

—Es la primera vez que veo a una de esas criaturas destruir el cuerpo de un ser humano —musitó, sin apenas reaccionar.

—Ya no era Aatami —resolvió Tora con sus labios apretados, no había rastro de su expresión de alegría habitual—. No te preocupes, encontraré otro momento para llorar. Si algo así me pasa, destruye a lo que sea que nazca de mí. Y no vuelvas a dudar, no es un lujo que podamos permitirnos.

Ida asintió.

—No dudaré —la determinación se reflejaba en sus ojos mientras contemplaba aquel bastón refulgiendo pálidamente sobre el suelo, se agachó y juntó sus palmas diciendo—. Tu alma será mi recuerdo: la semilla y el árbol caído son una ilusión. Aquí y ahora perdura la raíz, perdura el fruto. Tu alma será mi camino, tu alma será mi maestro.

La luz del báculo de Aatami se apagó y el de Ida comenzó a brillar con más intensidad.

Tora tomó ese cayado inerte entre sus manos, lo dejó apoyado en la pared, se sentó frente a él como lo hacía en el monasterio y se lo quedó mirando.

La espera incomodó a la nigromante, que no sabía cómo ayudar y miraba escaleras abajo con impaciencia, al mismo tiempo comprendía que Tora necesitaba tiempo para empezar a asimilar la despedida.

Ida comenzó a divagar y a examinar su alrededor: en uno de los rellanos un poco más abajo podían leerse unas letras que alguien había pintado no hacía mucho.

CERN.

La nigromante no tenía ni idea de qué podía significar, aparte de que muy posiblemente fuera el mismo nombre del templo dado que no había flechas ni indicaciones. Fuera lo que fuese, no conocía aquel idioma.

Unos minutos después, continuaron su descenso.

Cuando llegaron abajo escucharon el ruido de un objeto chocando contra el suelo.

Se encontraban en una sala grande, llena de columnas, que daba a varios pasillos. Lo único que veían era grietas, objetos que habían sido depositados sin orden ni concierto, paredes desconchadas, humedades, escombros y una especie de túnel totalmente arrasado. El color ocre del óxido de las tuberías parecía devorarlo todo.

—Estamos en el templo del ritual, ¿verdad? —preguntó Ida.

El rostro de una niña asomaba por una columna, a juzgar por su expresión, estaba aterrada.

Tora retrocedió inmediatamente e Ida se agachó, fijándose en un reguero de sangre roja internándose en la oscuridad de un corredor.

—Tranquila —Ida la miró, su aspecto menudo y endeble, casi quebradizo, resultaba inquietante a primera vista. La niña apartó los ojos, parecía que la luz del bastón y la que emitía Tora le hacía daño.

—Está famélica... —comentó Tora, bajando la intensidad de su fuego.

—No lo creo, su cuerpo es distinto —afirmó Ida, mientras atenuaba la luz de su bastón— fijate en sus manos y en su espalda: sobresalen todos los huesos, el tono de su piel y sus ojos, la magia que emana de ella. Debe de tener... ¿siete u ocho años? No es fácil saberlo... Sus genes habrán mutado y supongo que se habrán ido adaptando a las peculiaridades de este entorno. Pero sólo han pasado mil doscientos años desde el cataclismo, un par de siglos más si nos remontáramos al periodo del Calentamiento, no tiene ningún sentido. ¿Crees que la energía mágica puede alterar el curso natural de la evolución?

—Eh... ¿sí? —se aventuró Tora.

—Tienes razón —convino Ida—, la creencia poco tiene que ver con la evidencia.

—Siempre me alegra serte de ayuda —respondió, con cierta alegría en su tono de voz.

—Aunque posiblemente —murmuraba la nigromante— la magia misma sea una clase de ventaja evolutiva. Al menos, por lo que sabemos, los hombres de antes de la primera llegada de los Antiguos no tenían acceso a ella si no era a través de la tecnología. Sin embargo tiene que haber alguna...

La niña dijo algo en un idioma que no entendieron, interrumpiéndolas, señalaba a los adornos antiguos que llevaba Ida, parecía que, de alguna manera, la tranquilizaban.

Tora le acercó algunas sobras de las raciones que llevaban.

La niña negó con la cabeza, y le sonrió dándole las gracias.

—¿Han sido los demonios? —Le preguntó Ida hablando con lentitud y señalando a su alrededor.

La niña reaccionó: entendía la palabra “demonio” y la repitió un par de veces asintiendo, aunque su pronunciación era difícil de entender. Señaló hacia el reguero de sangre escondiéndose en un pasillo y dijo una frase bastante larga. Al notar que no se la entendía muy bien, señaló en varias direcciones y repitió la palabra demonio una y otra vez.

Luego miró a Tora y preguntó, probablemente, si ella era un demonio.

Tora sonrió y negó con la cabeza, se señaló a sí misma, su puño golpeó la palma de su otra mano con fuerza y luego apuntó hacia esos demonios que no estaban allí como lo había hecho la niña, repitiendo la palabra una y otra vez.

La niña asintió.

Ida se señaló a sí misma y dijo su nombre.

La señora astada hizo lo propio.

La niña puso la mano en su pecho y dijo que se llamaba Mégane.

—Ida, ¿crees que podremos realizar el ritual? —curioseó Tora—. Todo se encuentra en un estado lamentable.

La niña se giró hacia ellas, su rostro iluminado de alegría.

Preguntó algo, entusiasmada, la palabra ritual o al menos una variante fonética de la misma, estaba en la frase.

—Sí —confirmó Tora— vamos a llevar a cabo el ritual para liberar al mundo de los Antiguos —al oír esto Mégane comenzó a vibrar de pura alegría y giró en una de las esquinas a toda velocidad.

Las dos corrieron tras la pequeña.

Se internaron por un gran pasillo de paredes agrietadas, una de las cuales se abría a un entramado de edificios excavados directamente en la piedra entre ríos subterráneos. Los rayos del sol se colaban desde las chimeneas que habían visto en la superficie golpeando calzadas y puentes adornados con motivos geométricos.

Pero Mégane no se dirigía hacia allí, sino que seguía por el corredor. Golpeó una puerta de metal oxidado demasiado pesada para sus pequeños brazos, alguien la abrió y ella se coló al otro lado. Había personas allí dentro: al igual que ella eran delgadas, con la piel pegada a sus frágiles huesos, aunque la mayoría eran más grandes que la niña.

Y, a juzgar por el lenguaje corporal desplegado, a Tora y a Ida no las iban a dejar pasar: estaban en medio de una acalorada discusión y alguien cerró la puerta dejándolas en el pasillo. Era bastante elocuente.

Sólo después empezaron a escuchar el sonido resonando a lo lejos de varios objetos contra los que algo chocaba, objetos que algo derribaba y arrastraba: se acercaban.

—¿Son soldados... demonios? —interrogó Tora en guardia mientras sus puños se iluminaban de nuevo con las llamas de su magia.

—No te preocupes, podemos descansar —le aseguró Ida, cogiendo a Sombra entre sus manos.

Los servidores de los Antiguos llegaron al corredor y, uno tras otro, fueron desintegrándose contra un muro de pura energía. La sangre y las vísceras iban estallando contra el suelo mientras Ida daba unos pasos en círculos, pensativa.

—¿Cómo lo haces? —inquirió la nigromante.

—¿A qué te refieres?

—A Aatami.

Tora no respondió, sin embargo comenzó a llorar poco a poco hasta hacerlo con todas sus fuerzas.

—Así —respondió Tora entre sollozos. Huldra había visto morir tantas veces a quienes amaba que, si le quedaban lágrimas para derramar, eran todas de Tore.

Ida se aproximó a ella y trató de abrir los brazos a su alrededor, haciendo intentos más bien dubitativos.

—¿Qué haces? —le preguntó Tora, desconcertada, entre lágrimas.

—Intento abrazarte, he oído que es procedimiento habitual —musitó ella—, pero detesto el contacto humano... o astado.

Tora se rio, apoyada en la pared.

—El hecho de que quieras ayudarme es suficiente —sus labios dibujaron una de sus sonrisas sinceras—. Gracias.

Ida sonrió a su vez.

La puerta se abrió, un rostro desconocido se asomó y observó los restos de los demonios cerca de aquellas extrañas. Las invitaron a pasar con un gesto apresurado.

Cuando entraron vieron un espectáculo grotesco: a la niña le habían cercenado los brazos con un par de hachas dos de sus compañeros.

Sangraba y les gritaba a ellas dos, aunque no lo hacía como alguien que estuviera pidiendo ayuda. Mégane levantó uno de sus muñones, cuya herida se cerraba y volvía a crecer y repararse por completo para señalar a ambos brazos en el suelo de los cuales nacían dos cuerpos completos como el suyo.

—Esto es increíblemente confuso —comentó Ida, que había estado a punto de liberar su magia en aquella habitación.

Una mujer, pequeña y escuálida como todos los miembros de aquella comunidad, les preguntó varias cosas a las tres Méganes, ellas respondieron, decididas, la mujer estrechó a las tres entre sus delicados brazos y dirigió a los pocos supervivientes a algún otro lugar, al tiempo que les hacía reverencias a las recién llegadas, las abrazaba —para desgracia de la nigromante— y les decía cosas que no entendían entre lágrimas esperanzadas. Cogió a Sombra con delicadeza, les dijo algo y se llevó el cuervo con ella, con esa bondad incontestable que solían exhibir algunos ancianos.

Las tres niñas ya estaban corriendo y Tora e Ida tenían que ir tras ellas.

Llegaron a un inmenso túnel circular, la tenue luz del báculo de Ida, adaptada a los sensibles ojos de aquellas criaturas, revelaba unas paredes llenas de dibujos e instrucciones para realizar el ritual correctamente, según pudieron intuir por el discurso alborotado y entre risas de las niñas.

Ellas empezaron a quitar objetos que cubrían una especie de podio.

El bastón de Ida destelló, reaccionando con el ordenador sobre el podio, las niñas gritaron primero, temerosas de la luz, y después se reunieron en torno al ordenador cuya pantalla, cubierta por alguna placa protectora, se iluminaba tenuemente, tras lo cual empezaron a mover sus manos sobre las teclas a toda velocidad.

Una de las Méganes cogió a Ida y a Tora de la mano y las llevó junto a otra clase de terminal que susurró metal en contacto con su magia.

Otra de las niñas se dirigió después a un segundo ordenador, el cual se iluminó cuando posó su mano encima y, tras esperar unos instantes, comenzó a mover sus dedos repiqueteando sobre aquel teclado bajo la luz.

Todos los ordenadores estaban conectados, la energía circulaba aunque la mayoría de aplicaciones de medición no funcionaban porque necesitaban una especie de red neuronal llamada Internet que no estaba disponible. Sin embargo hacía varios siglos que los guardianes del templo habían podido anular buena parte de la seguridad e iniciar el software en un sistema manual, más lento pero independiente de factores externos. Todos los guardianes estaban preparados no sólo para preservar con su magia los diferentes aparatos necesarios sino para seguir cada paso del ritual a la perfección.

Las Méganes se miraron y asintieron, habían hecho un juramento ante los cadáveres de sus padres.

Ahora iban a cumplirlo.

La que estaba junto a las viajeras les apretó las manos y dijo una palabra similar a magia mientras apuntaba en una dirección. Les lanzó una mirada a sus hermanas. Después, lentamente, levantó tres dedos.

Levantó dos dedos.

Levantó uno.

Coda (12)

La luz y la energía parecieron liberarse por sí solas, emanando libres desde los cuerpos de Ida y Tora.

El límite de la realidad comenzó a desquebrajarse a su alrededor.

Y absolutamente todo se desvaneció.

Parpadearon, no reconocían dónde se encontraban.

Podían observar la Tierra con claridad, pero ésta cambiaba de tamaño y perspectiva a cada instante. Podían por un segundo verse entre montañas y al siguiente contemplar una esfera azul, resplandeciente y lejana.

El espacio a su alrededor se asentó en la negrura y el azogue, sin embargo sus dimensiones seguían siendo imprecisas, cayendo por las grietas de lo que no es.

No había estrellas ni luna en ese lugar y sólo si fijaban la vista en la Tierra podían observar una gigantesca bola de fuego a su lado que, sin embargo, apenas brillaba allí.

Y pese a que era difícil hablar de objetos separados en aquel lugar, el planeta azul era una realidad que ahora podían tocar con los dedos, podían introducirse en ella como en un baño de agua tibia...

Pero algo las interrumpió.

Si hubiera habido algún atrás, se giraron hacia allí.

Vislumbraban siluetas entre esa sombra perpetua que se había apoderado de todo.

Esos invasores ansiando sacrificios se estaban tele-transportando en hordas hacia donde no había distancias, se acercaban a través de los ángulos que soñaban la geometría, acechando desde los puntos de fuga, avanzando entre fragmentos de mundos olvidados en la memoria de nadie, curiosos, sedientos.

Algunos no eran más que figuras imprecisas, otros eran un conjunto de ojos o tentáculos o dientes, otros tenían la forma de la pesadilla más oscura. Probablemente eran grandes como ciudades, pero el tamaño no tenía importancia allí. También parecían hablar extraños idiomas llenos de palabras que ya no tenían significado porque la realidad en las que habían nacido había desaparecido, devorada por los eones.

Sin embargo consiguieron comunicarse con ellas:

—¿De qué lado estáis? —lo preguntaban de muchas formas distintas—. Dadnos vuestro secreto.

Ellos eran anteriores al principio de varios universos y, según las leyendas humanas, señores del terror.

Pero para temer hay que desear y ante los Antiguos no se alzaban humanas ni astadas. Ya no.

Una Tora gigantesca y terrible barrió con su fuego a varios de ellos haciendo que unos estallaran en llamas y otros reventaran tras hincharse hasta el límite.

Ida despertó un miasma de muerte que acabó con los demás Antiguos que podían sentir alrededor, consumiendo la energía que parecía darles vida a unos, pudriendo el hueso y corrompiendo la carne que animaba a otros, deshaciéndolos.

Tora se volvió hacia ella, vio a una muerta viviente que, tocada por rayos de alguna luz escondida, parecía viva de nuevo.

Mégane tenía tres caras.

—Recuerda. Tu nombre. Mégane —decían las caras, una detrás de otra, no hablaban ya

ninguna lengua humana—. ¿Notáis la sed? Sí, la noto. ¡Yo también! Sí...

—Hemos renunciado a nuestra humanidad... supongo que antes que nosotras otros humanos se sacrificaron... —musitaba Ida, ensimismada.

—¿Estamos atrapadas en un ciclo estúpido y sin fin? —inquirió Tora.

—Bueno... no podemos asegurar que no tenga fin —se encogió de hombros la nigromante.

—Al menos los Antiguos no asaltarán nuestro hogar... —resolvió Tora—. No hasta que nosotras perdamos la cabeza y tomemos su relevo.

—Suenan muy reconfortante —señaló Ida.

—Aunque, ahora que lo pienso, antes han mencionado algo de un “secreto” —reflexionaba Tora—, creo que quieren apoderarse de la tecnología que nos ha transformado en esto.

—Hay más —Mégane parecía estar hablando sola, lo cual constituía toda una conversación en sí misma—. Siempre hay más. Llegarán a su debido tiempo —se dirigía ahora a sus acompañantes, hablando de una en una—, yo puedo preservarnos. Puedo hacer que no olvidemos. Para no desaparecer. Podemos hacer guardia. Por toda la eternidad. Luchando contra este hambre de vida y muerte.

—¿Esto es lo que recibimos a cambio de salvar el mundo —inquirió Ida—, un síndrome de abstinencia perpetuo o transformarnos en diosas sedientas de almas?

—Así se habla —dijo Tora, que empezaba a animarse.